

autonomía municipal, puesto que dispone que el Alcalde, a quien corresponde la acción administrativa del Municipio, es Agente del Gobernador, o, mejor dicho, depende de éste, que a su vez depende del Presidente de la República. Los liberales, según parece, incapaces, como fueron, para conseguir en la Constituyente que se dispusiera que los Alcaldes debían ser elegidos por el voto popular, a fin de poder establecer la autonomía municipal, se contentaron con agregar a ese artículo que el Alcalde, nombrado por el Gobernador y completamente dependiente del Poder Ejecutivo, es mandatario del pueblo, sin dársele el medio de ser efectivamente tal mandatario del pueblo.

Me inclino a creer que lo ocurrido fué que los convencionales liberales procedieron con timidez, a consecuencia del conocimiento que tenían, como lo tenemos aún, de que mientras no alcancemos un mayor grado de adelanto político y administrativo, mientras no logremos dar al pueblo la cultura requerida, no se puede insistir en la autonomía municipal, pues sería hasta ridículo imponerla, ya que existen municipios, todavía que no tienen razón de existir, debido al atrazo en que se encuentran en todo sentido. El mismo Municipio de la Capital, que no tiene punto de comparación con los restantes dió muestras evidentes de su incompetencia para ser verdaderamente autónomo, pues en más de una ocasión rehuyó las cargas y responsabilidades que le correspondían, en lugar de acogerlas y de luchar... El mal, pues, era general.

Pero no es de sorprenderse que en nuestra República no exista sino en el nombre la autonomía municipal, si ella tampoco existe en las demás naciones latinoamericanas que todavía están en un estado embrionario de gestación liberal, ni en los países europeos, donde desde hace siglos y siglos se viene evolucionando en toda forma, pues se puede afirmar que en ningún país serio del viejo Continente existe esa autonomía; ni en la misma Suiza, la nación liberal por excelencia, gozan de autonomía los municipios de cantones tan importantes como los de Berna, Ginebra y Zurich, pues además de estar fiscalizados por el Estado, están sometidos a éste en una o en otra forma. En la misma Inglaterra hay muchísimos municipios que no gozan de la autonomía que aquí en nuestro país se pretendía reconocer a municipios como Olá y otros por el estilo.

Todo, todo lo alegaron los enemigos de la FISCALIZACIÓN MUNICIPAL, pero yo, que sabía que obraba honradamente, que estaba empeñado en la obra de redención de nuestro querido país, hice ver la legalidad de mis actos y la FISCALIZACIÓN vino. ¿Sus resultados? Todos los conocen. Ya los Tesoreros rinden sus cuentas al fin de cada mes; ya en el interior de la República podemos encontrar obras que digan que allí hay quienes se preocupen por esa sección del país; ya mi tío si existiera, no exclamaría como antaño:

¡YA SE ROBARON LA CONTRIBUCION DE POSTE Y CORRAL!...

LOS ARCHIVOS NACIONALES.



CUANDO después de creados los ARCHIVOS NACIONALES, durante mi primera administración, quise construir el edificio apropiado donde poder conservarlos, el empleado extranjero que teníamos de Agente Fiscal, le preguntó a uno de mis subalternos, paisano nuestro de alta posición, que QUÉ SERÍA LO QUE YO DESEABA, y el subalterno le contestó: «La verdad es que al Dr. Porras LE HA DADO AHORA por los papeles viejos», y con la mano derecha sobre la cabeza le daba vueltas al índice de ella para indicar mi manía o mi locura de entonces.

¡LOS PAPELES VIEJOS!... ¡Ah!, ¡cuántas cosas encierran los papeles viejos! ¡Cómo dicen al espíritu otras tantas cosas que creíamos olvidadas! ¡Cómo despiertan nuestros dormidos recuerdos! ¡Cómo nos hablan del pasado, entablando a veces diálogos con nosotros mismos, ya que esos PAPELES VIEJOS guardan—algunos de ellos—secretos nunca revelados, escondidos por mucho tiempo en nuestros corazones, que surgen después de sus borrosas líneas. ¡PAPELES VIEJOS!—que fueron y serán siempre mi manía, como dijo el paisano nuestro—como un tropel de queridos nuestros que llegaron a recordarnos los pensamientos a que dimos vida, derramándolos sobre el blanco y fino papel

que más tarde se tornará amarillento por el poder del tiempo!

Muchos son los enemigos que tienen entre nosotros esos PAPELES VIEJOS. Uno de ellos es el clima, y luego, los insectos que los atacan, los insectos que se crían y multiplican en nuestros trópicos, lo mismo que nuestro sol que los descolora y nuestra humedad que los deshace. Y son enemigos de ellos igualmente nuestras gentes. ¿Para qué guardar papeles viejos?

La idea de crear los ARCHIVOS NACIONALES surgió en mí hace mucho tiempo. Tenía yo mi oficina de abogado en la Avenida Norte, cerca del Taller, con balcón hacia el mar, cuando un día ví botar a la playa por un Secretario de la Gobernación del Departamento Panameño, los archivos que existían en el Palacio que servía a la Gobernación, en los tiempos colombianos, cosa ésta que me impresionó vivamente. Luego, también desde mi oficina, vi botar los archivos de la Corte Superior de Justicia, hoy Suprema, por un Magistrado de ese Tribunal. ¡Tranquilamente! ¡Alegremente! ¡Buenamente! Ya no tendremos polillas, ni cucarachas, ni alacranes, ni polvo, se decían esos Magistrados. . . ¡Ah! ¡Cuántos papeles importantes del TIEMPO VIEJO se llevaron las olas! ¡Cuántos tesoros de nuestra historia se perdieron! ¡Cuántas constancias de nuestra vida colonial y de nuestra separación de España y de nuestra vida independiente se ahogaron!

Después, siendo ya Presidente, en una de mis visitas al interior de la República, en busca siempre de nuevos motivos para encauzar por las vías del progreso la administración pública, llegué a Guararé, en la Provincia de Los Santos. El Alcalde, amigo y compadre mío, me pidió que me quedara allí unas horas y para el efecto me brindó su casa, en donde estaba también la oficina de la Alcaldía. Así lo hice, y pocos momentos después de estar en el despacho, mi amigo, compadre y Alcalde, pretextando algo, me pidió permiso y se dirigió en dirección a la cocina. A poco rato oí cuando llamaba a su mujer, mi amiga y comadre, a quien decía: «¡JACINTA! ¡JACINTA! ¿Dónde están las tusas?» Ella contestó que se habían terminado, que no había ni una siquiera. Hoy no hemos desgranado maíz, agregó, ni ayer tampoco. . . Yo me quedé pensando en aquello de las TUSAS, cuando llegó al despacho nuevamente el Alcalde, preso de cierta inquietud que no pasó inadvertida a mis ojos. Se acercó a la mesa que hacía de escritorio, en donde se veían muchos legajos

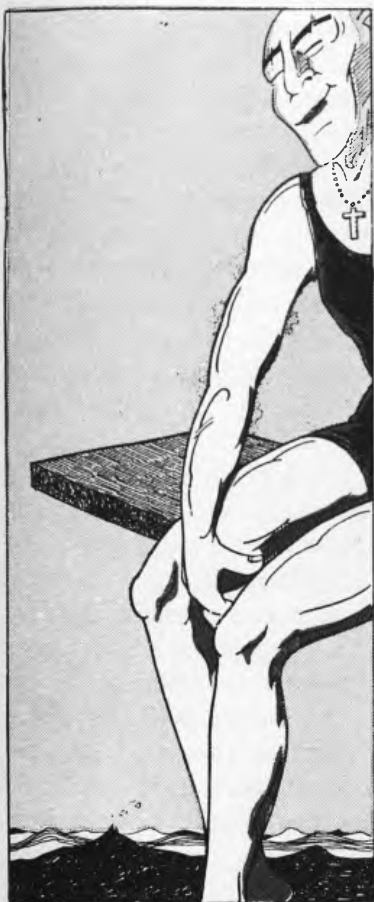
de expedientes, y tomando uno de ellos, arrancó de él algunas hojas que dobló con cuidado y se dirigió de nuevo al lado de la cocina hacia el patio que, como la mayoría de los patios de los pueblos del interior, se encontraba lleno de tupidos matorrales. Ví todas aquellas maniobras y una cruel sospecha se apoderó de mí, obligándome a seguirlo con la mirada. Lo ví cuando se internó en el patio y se ocultó en uno de los matorralitos más cercanos a la casa. No había ya la menor duda... A falta de *tusas*, sirvieron para la oculta operación las hojas del expediente...

¡Ah! ¡Cómo se abusaba de los pobres PAPELES VIEJOS!

Todas esas cosas, y después de mis viajes y haber visto en Londres las OFICINAS DE LOS ARCHIVOS PÚBLICOS de la Chancery; en París los de la HISTORIA DE FRANCIA; en Bruselas, los ARCHIVOS GENERALES DEL REINO y en Washington los de la sección que de ellos guarda la LIBRERÍA DEL CONGRESO, me hicieron pensar seriamente, creados ya por mí los ARCHIVOS, en construir para éstos una casa en donde estuvieran al abrigo del sol y de la humedad y atrincherados ante los ataques de los insectos que se crían y multiplican en nuestros trópicos, y de los que no tienen *tusas* en su casa por no haber desgranado maíz... Y así, desoyendo la voz de la emulación y de la envidia, realicé la manía y nuestro país cuenta hoy con numerosos y ordenados Archivos, y para ellos, con un edificio que puede bien rivalizar con cualquiera de los bellos templos de la antigua Gran Grecia, y en él, depositadas, se encontrarán siempre las pruebas de nuestros derechos, la relación de todos los incidentes más palpitantes de nuestra vida pública, administrativa y política, fiscal y judicial, pudiendo así, las generaciones que nos sigan, reconstruir nuestra vida de hoy, nuestras alegrías y tristezas, nuestros triunfos y nuestros infortunios, en suma, nuestra historia toda.

¡AH, LOS PAPELES VIEJOS, CUÁNTAS COSAS GUARDAN!

EL CRUCIFIJO.



Siendo Presidente de la República, creo que en mi segunda administración resolví hacer una visita a la Isla de Coiba, con el fin de explorarla y dar todos los pasos necesarios para la fundación de la Colonia Penal, que tan brillantes resultados ha venido dando.

Como era natural, me acompañaron varios amigos, entre ellos algunos funcionarios públicos, tanto del Poder Judicial, como del Ejecutivo. Nuestra excursión fue de lo más interesante, ya que, además del éxito alcanzado, pudimos gozar de las múltiples manifestaciones de la naturaleza que ofrece aquella importante región de nuestro amado Istmo. Se organizaron cacerías y el silencio de los dormidos bosques fue interrumpido por el retumbar de los fusiles y los gritos guturales de los monos, sorprendidos en las majestuosas ramas de los árboles gigantes; multitud de aves de variados colores sacudían veloces los abanicos de sus alas, abandonando sus nidos y dejando oír sus cantos, al emprender el vuelo, tal como una promesa de regresar a ellos a proteger a sus polluelos.

El mar, ese inmenso cofre de innumerables tesoros, nos brindó asimismo ratos de verdadero placer, ya navegando sobre sus

tranquilas aguas, ya bañándonos en sus orillas, a donde llegan las olas a besar la playa.

La Isla de Coiba es de lo más fértil y bella, ofreciendo a cada paso una nueva sorpresa, un nuevo encanto. Sus costas y ensenadas, todo reviste caracteres impresionantes para el viajero que la visita por primera vez.

Mucho antes de mi visita a la Isla había yo reglamentado la pesca de perlas y para ello había dividido los lugares preferentes en ZONAS, con el fin de evitar el abuso de algunos pescadores, que en su afán de lucro, estropeaban las madreperlas cuando todavía no habían dado el fruto apetecido. De allí que en aquella época, la ZONA de Coiba se encontrara, como se dice, en completo descanso, siendo fácil ver, cruzando por sobre las aguas de una de las ensenadas, quietas y cristalinas, cómo estaba el fondo empedrado de hermosas conchas, esperando al buzo audaz que bajara hasta ellas para ofrecerle sus vientres y que extrajeran de su seno la codiciada perla, orgullo de las testas coronadas.

En nuestra exploración visitamos todas las islas vecinas, decidiéndonos por la de *Coiba* definitivamente, por ser la más vasta, por poseer tierras planas y muy fértiles cubiertas de frondosos bosques y hallarse cruzada, de Este a Oeste y de Norte a Sur, de quebradas y riachuelos que la regaban. Uno de ellos forma, cerca de la ensenada donde desagua, una cascada o caída de agua sobre preciosas lajas, que llamó mucho mi atención y la de mis compañeros, y cerca de ella se escogió el sitio para el principal establecimiento.

Un día dispusimos bañarnos y yo designé para hacerlo la ensenada opuesta, en cuyo fondo se alcanzaba a ver que era de arena, empedrado de conchas hermosísimas.

Arreglaron una lancha y nos dirigimos al lugar indicado. El grupo era numeroso. Todos iban resueltos a recibir la suave caricia del agua. Al llegar comencé a despojarme de las ropas usuales para ponerme mi vestido de baño. Al quitarme la camisa saltó el CRUCIFIXO de oro que llevo desde mi niñez sobre el pecho, como un sagrado recuerdo de mi abuela que lo colocó en él. Varios amigos de los que estaban en la lancha, al ver aquello comenzaron a reír, algunos tapándose la boca. Para ellos era increíble que yo, Belisario Porras, de ideas amplias, liberal convencido y Presidente de la República, merced al voto

liberal, pudiera llevar esa insignia a quien sólo los fanáticos rinden culto. Yo, ante aquella explosión de inmotivada risa no pude contenerme y con el CRUCIFIJO en la mano me dirigí a ellos y les interrogué así, a cada uno de los que se habían reído:

Yo creo, —le dije al primero—, que tú debes tener en tu casa algún retrato por amor o como un recuerdo, alguna imagen, a la cual rindes culto, ¿no es verdad?—Sí, Doctor, me contestó. En mi casa tengo el retrato de usted y el de mi madre. —Yo tengo, dijo el segundo, el de BOLÍVAR.—Yo el de NAPOLEÓN. Yo, dice el de más allá, el de SANTANDER, el hombre de las Leyes. Yo, dijo otro, el de RICAURTE, el héroe de San Mateo, y así sucesivamente todos los presentes. Les pasé el CRUCIFIJO y les dije: Bésenlo, que éste es superior a nuestras madres y a nuestros padres, y a Napoleón, y a Bolívar, y a Ricaurte, y a Santander y a todo otro hombre vivo o muerto que haya venido al mundo o venga en lo futuro. Bésenlo!... Y levantándolo en alto lo tendí al amigo más cercano, agregando al recibirlo del último: A éste y al sagrado recuerdo de mi abuela es a quien yo rindo siempre culto.

Habían guardado silencio y el CRUCIFIJO había venido pasando de mano en mano, recibiendo el ósculo de aquellos a quienes poco antes les había causado risa el verlo colgado sobre mi pecho.

A LA NIÑA
QUE TOSE
LE DA
CALENTURA...



DURANTE mi campaña política de 1912 y en una de mis jiras por el interior de la República, tuve ocasión de visitar a Sabanagrande, en la Provincia de Los Santos. Como en todas partes fueron a saludarme muchísimos amigos, unos para darse exacta cuenta de la situación política, y otros, convencidos ya del triunfo, para solicitarme una posición en mi gobierno, tan pronto llegara a la Presidencia de la República. Todos habían trabajado en bien de la causa, todos habían puesto su granito de arena y de allí que esperaran—era de justicia—, su debida recompensa.

A mi llegada a Sabanagrande recibí la visita del buen amigo Rufino Rivera, uno de los jefes del lugar, gran luchador y por lo tanto con derecho para pedir también. Se mostró muy contento con las noticias que le dí acerca de la situación en todo el país y dando por hecho el triunfo de la causa, por la cual venía luchando, me dijo:

«Doctor, yo lo único que deseo es que al llegar usted a la Presidencia de la República, me consiga una beca en la Escuela Normal de Señoritas de la capital, para mi hija mayor, a quien deseo educar.»

—Hombre, Rufino, cómo no, le contesté, puedes contar con

la beca para tu hija y con lo que quieras para ti. Despreocúpate y tan pronto tengas noticias de que se ha abierto el concurso para las becas que hay que otorgar en todo el país, dirígete a Panamá con tu señorita hija, con el fin de llenar las formalidades de rigor.

Ya en la Presidencia, comencé a llevar a la práctica mi programa de gobierno en todos los ramos de la administración pública.

La Secretaría de Instrucción Pública, ramo tan descuidado hasta entonces y por el cual me interesaba vivamente, comenzó su ardua labor. Se abrió el concurso de becas, y a pesar del mundo de cosas que tenía sobre mi cabeza, me acordé de Rivera, el amigo y luchador de Sabanagrande, y le escribí diciéndole que debía venirse a Panamá con su hijita para poderle cumplir mi ofrecimiento. Pero él, quizás creyendo que el Presidente puede hacer todo sin llenar formalidades de ninguna clase (como hay muchos Presidentes), no vino ni me escribió una letra sobre el particular.

Pasaron los días y las becas se otorgaron a todas aquellas niñas que habían pasado por los trámites de rigor, y por consiguiente, la hija de Rivera, quien todo lo esperaba de mi buena voluntad, se quedó sin la tan deseada beca.

Llegó hasta el buen amigo la noticia, y entonces, creyéndose víctima de una injusticia, se levantó en cólera y se vino a la capital con el fin de hablarme personalmente del asunto. En Sabanagrande—me dijo—lo burlaron los enemigos. Le decían: «No quieres Porras?... Coje Porras!!...» Llegó y me solicitó audiencia y se la concedí inmediatamente. Se mostró resentido y yo le expliqué cómo había sido de él toda la culpa, ya que no había traído a la hija, ni me había siquiera escrito. Sin embargo, agregué, no tengas cuidado. Vete y tráete a tu niña. Yo te prometo hacer todo en su favor por conseguir que se quede en la escuela, hasta tanto se presente una vacante. Esta se puede presentar, no hay que dudarlo, ya que alguna de las internadas puede enfermar y entonces yo te conseguiré la beca para tu hija.

No se hizo explicar más. Se fue mi hombre y a los pocos días se presentó, acompañado de la niña. Fue de nuevo a verme y le dí una carta para la Directora de la Normal. Regresó pocos momentos después muy triste. «Doctor,—me dijo—la Di-

rectora me dice que *no hay lugar para mi hija* y por lo tanto tendré que regresarme con ella». Yo que estaba dispuesto hasta pagar de mi cuenta los gastos que ocasionara la admisión de la hija del amigo, hasta tanto se presentara la anhelada vacante, le escribí una carta, nuevamente, a la Directora, suplicándole que hiciera todo lo humanamente posible para conseguirle un lugar a mi recomendada, aunque fuera acercando un poco más las camas de las internas, hasta conseguir el lugar en donde colocar la de la nueva alumna. Así se hizo, y el amigo Rivera vino otra vez a verme muy contento por haber conseguido su objeto. No hay más, le dije, que esperar la vacante, que de seguro no tarde, pues como le he dicho, puede suceder que alguna enferme, como sucede con frecuencia, y si se va, la beca se la daremos a tu hija. Se regresó a su pueblo, pero cada quince días hacía viajes a esta capital con el objeto de hacer algunas ventas de granos o raíces y, sobre todo, con el de ver a su niña y saber si ya había enfermado alguna de sus condiscípulas.

En uno de sus viajes, el segundo, me parece, fue a verme como de costumbre y me dijo: «Doctor, me dice mi hija que en el dormitorio donde está y cerca de su cama hay una niña que tose... Fíjate, le he dicho, para ver si a esa niña que tose le da calentura.

Y en otro de sus viajes fue a verme, muy contento y risueño, y sin saludarme, desde lejos, casi gritando, me dijo:

«Doctor! a la NIÑA QUE TOSE LE DA CALENTURA...»

Y algún tiempo después, esa niña que tosía salió del colegio para no volver más. Estaba con tuberculosis. Se le canceló la beca, reemplazándola con la hija de mi querido amigo Rufino Rivera, quien realizaba así los buenos deseos de un excelente padre de familia y buen amigo.

VÉANLA!
VÉANLA!
CÓMO LO MIRA!...



EN el año de 1922, segundo de nuestra tercera administración, y con el fin de inaugurar los caminos nacionales, llevamos a cabo una jira por distintos pueblos de nuestro interior de la República. Acompañados de un numeroso grupo de amigos, recorrimos no pocas de las más importantes poblaciones y en todas ellas fuimos objeto de la más calurosa simpatía, hasta el extremo de hacerse pocas las horas para poder atender las manifestaciones de cariño por parte de los humildes hijos de aquellos pueblos, cuya suerte nos ha preocupado tanto.

Nuestra visita a Las Tablas, querido rinconcito donde vinimos al mundo, y en donde todo, los árboles, las fuentes y los pájaros, nos hablan de nuestra niñez, de nuestras impresiones de joven, de nuestros triunfos y de nuestras derrotas; en donde en cada calle hay un recuerdo y en cada hombre o mujer, anciano o niño que pasa, existe un vínculo que nos ata al pasado con lazos imposibles de romper; nuestra visita a Las Tablas—repetimos—coincidió con la celebración de la fiesta que todos los años ofrecen a la Patrona del pueblo que lo es Santa Librada, virgen romana crucificada por los paganos, que murió mirando al cielo en un supremo

gesto de devoción y de fe, cuya vida y milagros nos fue relatada cuando niños por labios trémulos de ancianas, bajo la sombra del hogar bendito, y luego, ya hombres, leímos en los libros en cuyas páginas encierra la historia sus secretos más recónditos.

Como siempre, el pueblo estaba engalanado con sus mejores atavíos. Las evocadoras campanas de la iglesia convidaban a los fieles al culto y a la meditación. Ancianos, ligeramente encorvados, luciendo sus vestidos de fiesta; niños inquietos y vocingleros, lindas y sencillas muchachas, todos desfilaban hacia la iglesia en una interminable romería. Iba a salir la procesión de Santa Librada y era de fieles y devotos asistir a ella.

Nosotros, desde el balcón de la casa que nos habían destinado, en compañía de varios amigos, contemplábamos aquel desfile, mientras nuestro espíritu, en alas del recuerdo, volaba hacia el pasado, cuando bajo la sombra del hogar bendito, labios trémulos de ancianas nos contaban la vida y milagros de la virgen que después, siendo hombres, leímos en los libros, en cuyas páginas encierra la historia sus secretos.

Salió, al fin, la procesión. En medio del más profundo recogimiento recorrió las principales calles del poblado. Nosotros, desde el balcón, seguíamos los detalles del religioso desfile. Una media hora o una hora después hace su entrada a la calle en la cual nos encontrábamos. Al pasar frente a la casa, los ancianos, los mozos y los niños, todos los que acompañaban a la Santa Patrona, vuelven sus miradas hacia nosotros. Y, nosotros, mirando siempre a la virgen, les sonreímos complacidos. Aquella gente nos conoce y sabe que somos de ellos, que allí en ese poblado se deslizó nuestra niñez y por eso despojándose por un instante de los atavíos místicos, vuelven sus ojos hacia el Presidente de la República, el hombre que jugó con muchos de ellos y que hoy se siente orgulloso de haber nacido en aquel rincón del Istmo.

Al detenerse un momento la procesión, no sabemos por qué coincidencia, delante del balcón, desde el cual contemplábamos el desfile, la virgen quedó de manera que nos daba el frente y fue entonces cuando algunos de aquellos ancianos dijeron, observando el hecho, y en voz que pude fácilmente oír:

«VÉANLA! VÉANLA! CÓMO LO MIRA Y LE SONRÍE!...»

¿DÓNDE
DIABLOS
SE METEN
EL EDIFICIO?



EN nuestra Panamá suceden cosas verdaderamente raras. Cuando en otras partes se aplaude todo esfuerzo, ya material o intelectual, que constituya un paso hacia adelante, en el camino del progreso, entre nosotros es motivo de encono, de habladurías insulsas y hasta de insultos y calumnias por parte de los enemigos políticos, que no alcanzan a comprender el valor real de las cosas, sino que ven en todo esfuerzo y en cada idea que no emane de ellos, algo así como una valla a sus aspiraciones, si se quiere absurdas.

Durante mis administraciones, ya que en todas ellas me empeñé en dejar a mi paso obras de aliento y de progreso, fui el blanco de no pocos insultos de oficio, que diariamente derramaban sobre mi humanidad toda clase de contumelias y calumnias. La Exposición, el Ferrocarril de Chiriquí, el Hospital Santo Tomás, las Carreteras Nacionales, el Asilo de la Infancia, la Plaza de Francia, la Cárcel Modelo, el Banco Nacional, el Edificio de Correos y Telégrafos y muchas obras más, que son hoy, a despecho de todos, orgullo de nuestra joven Nación, merecieron la crítica de los señores de que hablo, llegando en su ceguera a quitar las placas conmemorativas de muchas de esas

obras, creyendo que así amenguaban el prestigio de quienes se habían esforzado por levantarlas, para que ellos mismos, eternos descontentos, pudieran disfrutar de sus innumerables beneficios.

Fue así, cuando al visitar el nuevo y elegante edificio en donde estaban antes las oficinas de la Compañía del Canal Francés,—que compré para instalar en él el servicio de Correos y Telégrafos, para lo cual fué reconstruido, teniendo en cuenta todas las exigencias de tan importante ramo de la administración pública,—un albañil de los que salieron a acompañarme a la puerta me dijo: «Salga afuera, señor Presidente, a la calle, y verá lo que hay sobre la puerta principal.»

Ah, sí, repliqué, la placa: «Administración Porras. Año...»

—Vea, Doctor, me dijo un carpintero, «esos que están en la Tesorería Municipal y atisban desde la ventana, gritaron el otro día cuando pusimos la placa:

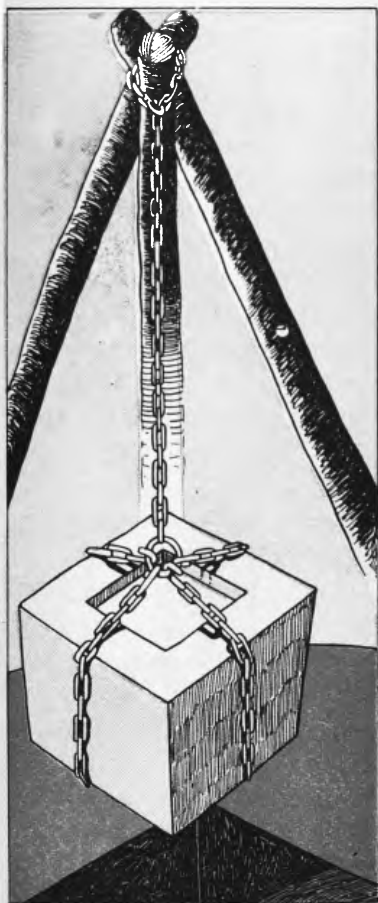
«Esa la quitaremos cuando salga el hombre de la Presidencia.»

«Es verdad», dijo entonces otro, pero yo les grité:

BUENO, QUITAN LA PLACA, ¿PERO DÓNDE DIABLOS SE METEN EL EDIFICIO?...

Yo no pude más que sonreír ante aquella lógica convincente, no sin pensar con tristeza en lo que son nuestros hombres y a cuánto llegan las pasiones políticas.

REVISTA DEL
EJÉRCITO
PANAMEÑO
POR EL
GENERAL
MANGIN



El señor de Simonin, que era Encargado de Negocios de Francia, fue a fines de Mayo de 1922 a la Presidencia, a hacerme saber oficialmente que el Gobierno de Francia había escogido al General Mangin para que lo representara en Panamá, como Embajador ante mi Gobierno, en la ceremonia que se celebraría de colocar la primera piedra del sitio que con el nombre de PLAZA DE FRANCIA serviría para conmemorar a los precursores del Canal, que fueron franceses, y en donde se elevaría por mi Gobierno un monumento que perpetuaría su memoria. El señor de Simonin agregó que abordo del buque de guerra JULES MICHELET el General Mangin saldría de Francia para Panamá, a principios de Junio, para estar aquí el 14 de Julio.

El JULES MICHELET llegó, en efecto, a Cristóbal el 12 de Julio, en donde estaban aguardándole el Secretario de Relaciones Exteriores de Panamá, el Encargado de Negocios de Francia, el Comandante de las tropas de los Estados Unidos, en la Zona del Canal, y las autoridades de Colón, quienes al llegar el JULES MICHELET subieron a éste a darle al General Mangin la bienvenida. En Colón, el Concejo Municipal celebró sesión en honor del ilustre hués-

ped y el Alcalde le dió la bienvenida igualmente, por medio de un bien elaborado discurso. En la tarde el JULES MICHELET entró al Canal, y en la mañana, como a las ocho, recorrió el trayecto, acoderó a uno de los muelles de Balboa, en el cual otras autoridades de la ciudad de Panamá estaban ya esperando para recibir a sus pasajeros, y, si posible, para acompañarlos al Palacio Presidencial, donde rodeado yo de todos los altos funcionarios de la República, estaba listo para saludarlos y ofrecerles los dones todos de la hospitalidad. A las diez de la mañana llegó el General Mangin con su comitiva y se les recibió con todos los honores y el boato propio de una Embajada de un país amigo y amado. Después de la ceremonia oficial invité al General Mangin y a sus Secretarios y Edecanes a venir al balcón diciéndoles que el EJÉRCITO DE PANAMÁ iba a desfilar por el frente del Palacio y yo deseaba vivamente que el General lo revistara.

Su Excelencia, agregué, habrá hecho esto muchas veces con el ejército francés y para nosotros los panameños será una gran honra que haga lo mismo con el ejército nuestro.

—¿Cómo, me dijo,—tienen ustedes ejército? A mí se me había dicho, aun antes de salir de Francia, que Panamá no tiene ejército, sino un CUERPO DE POLICÍA, parte del cual es POLICÍA MONTADA.

—Pero no es así, Excelencia; Panamá posee un ejército que estoy seguro va a despertar en Su Excelencia todas sus simpatías. Casi puedo decir que es extraordinario, si se considera los pocos años, menos de un cuarto de siglo, que tenemos de existencia como Nación independiente. Su número es solo de SIETE MIL SOLDADOS...

El General Mangin me miró fijamente, pero no pudo concertarme. Así pude reforzar mis expresiones, agregando:

—Oiga, Excelencia, oiga la música de las Bandas! La vanguardia se acerca.

Cambiando el General de aspecto, el de un incrédulo por el de un convencido, me dijo:

—Efectivamente, estoy oyendo los sonos de una marcha militar. Deben ser ellos.

La música se fué acercando más y más y pronto se llegó a oír distintamente. Yo calculaba que después del Parque de la Independencia habían entrado ya en la calle 6.^a y venían en dirección al Palacio.

—¿Siete mil soldados me dice usted que tiene la República?

—La República no, General, la República tiene mucho más. Es la ciudad de Panamá la que tiene de seis mil quinientos a siete mil. La República tiene como setenta mil.

Se quedó pensativo el ilustre General y volvió a mirarme fijamente, como a tratar, sin duda, de descubrir en mi rostro alguna perturbación mental o algún sentimiento bromista o de chanza. Lo vi recapacitar reanimándose de nuevo, sonriendo, como quien se dice a sí mismo: Ya están cerca, ahora los vamos a ver.

Por la música que oíamos muy cerca ya, juzgué que en dos minutos más desembocaría la Banda y en pos de ella los que marchaban alegres, batiendo banderolas francesas.

En efecto, al llegar a la esquina noroeste del Palacio, dando media vuelta a la derecha, apareció en la Avenida norte y frente al Palacio Presidencial, la Banda, tocando la marcha más alegre e impresionante que puede darse, y en pos de la Banda, de ocho en fondo, vestidas de blanco con sombreros y zapatillas del mismo color, las alumnas de la Escuela Normal de Señoritas en número de trescientas, con bandera panameña grande y con banderolas francesas que cada una de ellas batía al viento. Detrás de ellas, también de ocho en fondo, venían las señoritas de la Escuela Profesional, con sus maestras y profesoras a los lados, sugiriéndoles la posición y el orden que debían guardar. Y en pos de éstas, otras y otras escuelas de niñas, también de blanco, con estandartes nacionales y banderolas francesas. Y terminado el desfile de las escuelas de niñas, desembocó, después de corto espacio, el de los jóvenes del Instituto, en número de trescientos o más y el de la Escuela de Artes y Oficios y el de todas las demás escuelas de niños de la capital hasta el número de seis mil quinientos o seiscientos que volvían su mirada a lo alto del Palacio y saludaban al General Mangin y a su comitiva y a mí, batiendo sus banderolas francesas. La Banda se había situado en frente del Palacio sobre la acera del pequeño malecón enrejillado que existe allí y seguía tocando a las señales de la batuta del Director, el distinguido Alberto Galimani.

El ejército panameño de la Instrucción Pública fue desfilando con la otra Banda a la cabeza por el resto de la Avenida, en dirección a la Plaza de San Francisco, hoy de Bolívar,

para tomar la Avenida Central y seguir para la Plaza de Francia.

Yo invité a Su Excelencia el Embajador, General Mangin, a quien había estado observando, profundamente impresionado, hasta la más viva emoción, durante el desfile de las jóvenes y de los jóvenes alumnos de nuestras escuelas de la capital, y sin decirme nada, al invitarlo yo a venirse conmigo en mi carro a la ceremonia de colocar la primera piedra del monumento a los Precursores del Canal, que fueron franceses, a la Plaza de Francia, aceptó con placer, y ya en el carro, cuando íbamos, me dijo:

—«Estoy asombrado de lo que usted llama el EJÉRCITO DE LA CIUDAD DE PANAMÁ. Si en quince años de vida independiente ustedes han logrado echar semejante base a la República, cuando tengan medio siglo o un siglo, su progreso habrá traspasado el de todas las naciones de la tierra. Hombres educados son los mejores soldados de la República, y mujeres educadas son las mejores madres que podrán presentar al mundo, como modelos de la vida. Todo hombre superior hereda de estas madres los elementos de su superioridad. El futuro de todo pueblo depende de las madres que hay en ese pueblo, porque los niños son lo que sus madres son. Por lo demás, estos niños que se educan van a ser los padres de los futuros ciudadanos. Feliz país y felices ustedes, señor Presidente!—Sus nobles esfuerzos, construyendo están la grandeza y felicidad de esta República».

EL ASILO DE LA INFANCIA



Los niños, para quienes el DIVINO JESÚS tuvo un bello gesto cuando en medio de la multitud exclamó un día: «DEJAD A LOS NIÑOS QUE VENGAN A MÍ», me han inspirado siempre el más profundo cariño. Sobre todo, aquellos que han venido al mundo sin otro que el glacial ósculo maternal, desfalleciente a veces y a veces regado con lágrimas de dolor, allá en la sala del triste hospital que le abriera sus puertas a la desamparada mujer para que pudiera cumplir el más hermoso de los deberes: el de ser madre. Son esos, los desventurados, los que lloran en el desmantelado cuarto de la calle el desamparo en que se han visto de sus madres, al dejarlos para ir al trabajo a conseguir el pan que les da vida, que es así mismo la vida de sus hijos. Son esos los que me han movido a la piedad, ya que he visto de cerca sus miserias y he contemplado el fantasma del hambre, pintado en sus macilentos semblantes. Son esos los descamisados, los que van creciendo desprovistos de toda educación y pululan por las calles en todas direcciones, implorando la caridad pública, no todas las veces dispuesta a derramar sus dones. Son esos, huérfanos de todo, los que tocaron mi corazón y prendieron en mi mente

la idea de construir EL ASILO DE LA INFANCIA, regentado por abnegadas religiosas y en cuyo seno encuentran los pequeños el hogar que nunca conocieron.

Fue mucho antes de llegar a la Presidencia. Vivía yo en uno de los barrios pobres de la ciudad, teniendo de vecinas a muchas mujeres con hijos, casi todos pequeños, a quienes no podían atender por su innegable pobreza. La mayor parte de ellas eran cocineras o criadas en las casas de los ricos y muy temprano tenían que abandonar sus cuartos para dirigirse a cumplir con sus deberes, dejando algunas veces a sus hijos completamente abandonados, otras los entregaban a alguna vecina caritativa para que los cuidara durante su ausencia, y las más los amarraban a las patas de los catres, dándoles, antes de irse, un pedazo de pan y un beso, alentándoles, además, con la promesa de que regresarían en la tarde con la comida para ellos... El cuadro no podía ser más desgarrador. ¿En qué estado de ánimo no se separaría aquella pobre madre de sus tiernos hijos, dejándolos así, en medio de la soledad de un cuartucho húmedo, sin abrigo, y con la sola promesa de regresar horas después con los escasos alimentos para ella y para aquellos pedazos de su alma? Yo, que presencié día tras día estas dolorosas escenas, que penetré en el corazón de aquellas desventuradas madres, pude darme cuenta de la necesidad de un Asilo, en donde pudieran esas pobres mujeres dejar a sus tiernos hijos, en tanto que ellas iban a su trabajo diario a conseguir el pan que les da vida y aliento para seguir la lucha.

Llegué a la Presidencia y mi primer pensamiento fue ese, y aunque en mi primer período no me fue posible realizar la idea, al llegar nuevamente al Poder luché hasta conseguir su realización y hoy podemos regocijarnos de esa obra en donde centenares de niños huérfanos han encontrado amparo y las madres un hogar cristiano, en donde dejarlos durante las horas del día, convencidas de que son bien atendidos...

Ya no sufren las pobres mujeres el tormento de entregar a sus hijos a la vecina o dejarlos amarrados a la pata del catre como tenían, con dolor, que hacerlo... Ya no se oyen los llantos de niños en los cuartos cerrados. Ya no se ven las bandadas de muchachos escapados, corriendo por las calles, implorando la caridad pública, no siempre dispuesta a derramar

sus dones... Hoy están allí, bajo el amparo de buenas Hermanitas, *Madrecitas*, dedicadas al cuidado y educación de la niñez, sosteniendo y aliviando a los desvalidos y desamparados, que vienen a constituir otras tantas MADRES a quienes debamos rendir culto como a la madre que nos dió el ser y nos guió en nuestros primeros pasos y nos infundió confianza y fe y armó nuestro brazo para la lucha y nos ha hecho bendecir la vida. EL ASILO DE LA INFANCIA viene a sustituir hoy el hogar para los niños que no lo han conocido o que lo han perdido. Allí viven, fortalecidos por la virtud los que no han tenido padre. Allí aprenderán a ser útiles y fuertes, con la fortaleza de la virtud, humildes pero dignos. De las MADRECITAS que los cuidan heredarán los elementos de abnegación sublime, de respeto y honor que ellas poseen y cuando salgan, ya formados para la vida del trabajo, dirán lo que dijera de su madre el gran Lincoln, Quincy Adams y tantos grandes hombres de la suya:

«Todo lo que somos y esperamos todavía ser, se lo debemos a estas MADRECITAS, que fueron los ángeles que alentaron nuestras esperanzas, fortalecieron nuestra fe y nos acercaron a Dios».

EL BESO
GASTA...



SOBRE el *beso* han escrito, por lo menos algún pensamiento, muchos poetas y no pocos filósofos. De los que recuerdo son los más notables Byron, Shakespeare, Haliburton, Benjonson, Tennyson, Dryden... todos ingleses. Los ha habido españoles e hispanoamericanos, italianos, franceses y alemanes. Debe haberlos chinos, turcos, persas e hindúes... Todos dicen de él las más bellas cosas. Byron, por ejemplo, dice en unas de sus estrofas que «el Edén revive con el primer beso de amor»... Shakespeare, en otra, dice, hablando de la MADRE, que «sus besos están llenos de santidad, como el contacto de la sagrada hostia»... De otro poeta cuyo nombre no recuerdo, tengo también que «un beso de mi madre me hizo a mí pintor». Otro dice que «los besos robados son siempre los más dulces». En fin, Tennyson decía que una vez ella, la amada, le había sacado el alma con un largo beso, a través de sus labios... Todos sabemos que hay diferentes clases de besos. Los hay santos, maternos y paternos, los hay que son inocentes o apasionados; los hay que son pecado; los hay dulces y ardientes. Alguien dice: «Ese beso de despedida que parece de bienvenida; ese vislumbre de amor

que llega a ser la más aguda angustia de pesar...» Hay besos, pues, de bienvenida y de despedida. Los hay cortos y prolongados, secos y húmedos, robados o mutuamente consentidos; de amor, de gozo y de pesar; los hay que son mordidas violentas; los hay que son sellos de promesas y recibo de cumplimiento de ellas. Ay! las mujeres tienen un armario lleno de besos, de sonrisas, de suspiros y de lágrimas... Todos los poetas que han hablado del beso parece que son propagandistas de él. Nadie que sepamos ha dicho que EL BESO GASTA! Nosotros no lo condenamos. Lo queremos; lo amamos. No sabemos lo que hayan dicho o digan los médicos acerca de él,—pero es evidente que hay bocas enfermas, sin dientes, estevadas. En mi primer viaje a Europa, cuando fui a Roma y visité la gran Catedral de San Pedro, me convencí de que el *beso gasta*.

Muchos viajeros han hablado de esa inmensa, armoniosa y bellísima Basílica, obra de Bramante y de Miguel Angel; pero seguramente, por los innumerables e impresionantes detalles que contiene, no han dicho todo acerca de ella. Las cinco puertas de entrada que tiene son de bronce. Las contemplamos llenos de admiración, particularmente la del centro, con batientes de bronce, sobre la cual vimos, sorprendidos, al lado de asuntos cristianos, en relieve, de la vida de santos, asuntos paganos, también en relieve, como por ejemplo, el de la NINFA EUROPA SOBRE EL TORO, el de GANIMEDES ARREBATADO POR EL ÁGUILA, y sobre todo, el de la NINFA LEDA, EN EL BAÑO, CON EL CISNE... Y es tanto más sorprendente esto cuanto que adentro del Templo, en la Sacristía o cerca de ella, si mal no recuerdo, vi la preciosa tumba o monumento fúnebre que el Papa Julio II había resuelto erigirse, vivo todavía él, en donde aparece, acostado en mármol blanco, y con él, de pie, la estatua de la JUVENTUD, bellísima, que según se dice, representa, desnuda, a la sobrina de ese gran Pontífice, monumento que todos los peregrinos que van a Roma, por asuntos religiosos y los que no son peregrinos sino turistas, van a ver y admirar, estáticos, mudos y arrobados ante esta perfección. Se dice más, que Miguel Angel que fue el gran protegido de ese Papa, amaba y adoraba a la sobrina de éste, y no pudiendo ganarla para su corazón, la colocó allí en la tumba del tío, representando la Juventud. En fin, se dice más, que uno de los últimos Papas, escandalizado con la peregrinación de todo el mundo a la dicha tumba de Julio II,

no por éste sino por su sobrina, cuyas formas admiraban y enamoraban a quienes las veían, la mandó a vestir y fué rodeada de una capa de bronce que le hizo perder sus encantos artísticos y puso término a esa pagana o mundana peregrinación. ¿Cómo no revistió también siquiera de áspera pintura a esa famosa LEDA? ¿Olvido? ¿Contrastes? ¿Poca apreciación del caso? La una era el espectáculo claro, preciso, desnudo, de una belleza que la Venus de Milo no podía rivalizar. La otra era el espectáculo de una mujer en el baño y una ave acuática nadando en su dirección en la corriente, que necesitaba explicación, estudio de la Fábula o de la Historia. La una ha desaparecido bajo un ropaje, la otra, desnuda, está palpitante, esperando la explicación del que conoce esa Fábula.

Cuando volví a la nave principal fué cuando vi la estatua de bronce de SAN PEDRO. Está sentado en una silla de mármol blanco y tiene un poco salido el pie derecho. Me acerqué y lo contemplé largo rato. De pronto bajé la vista y vi una gran parte del empeine de ese pie desaparecida, gastada. Es allí en la porción gastada del empeine, en donde los peregrinos que van a Roma y visitan esa Gran Basílica, donde lo besan. Han sido tantos los millares de peregrinos que han ido y tantos los que van, los que han besado y besan el pie del Gran Apóstol,—el preso de la prisión Mamertina en las faldas del Capitolio,—el de QUO VADIS, el de SAN PIETRO IN VINCOLI, que ya le tienen gastado el pie: ¡EL BESO GASTA! ¡La caricia de amor gasta!

LA EMOCIÓN DE HINDEBNURG



DE mis viajes a Europa, en dos he estado en Alemania, en el primero en Hamburgo y Altona, y en mi segundo, en Colonia y en Berlín.

Hamburgo es extraordinario, es un *Estado*, una *ciudad* y un *puerto*. Como *ESTADO* es muy interesante. Lo componen la ciudad de ese nombre o sea el Distrito Metropolitano, en cuatro dominios rurales, que forman propiamente una República, con una población de un millón de habitantes. Cuenta en lo Legislativo con dos Cámaras de miembros electos libremente, con mucha más libertad que en cualquiera de nuestras repúblicas sud-americanas. Tiene Hamburgo siglos y siglos de existencia y todavía sus habitantes no conocen las triquiñuelas empleadas en nuestras elecciones. En lo ejecutivo, con dos Alcaldes,—uno de los cuales lleva el título de *MAGNÍFICO*,—los que son elegidos anualmente por votación secreta. Ninguno de estos Alcaldes puede serlo por más de dos años. Dos Cortes de Justicia forman el Poder Judicial.

Como *CIUDAD*, Hamburgo fué al principio una fortaleza, construida en 808 por Carlo Magno, como defensa contra los eslavos. El nombre de Hamburgo viene del de la *floresta* que rodeaba la fortaleza.

La ciudad está en la margen derecha del brazo norte del Elba y sobre dos ríos que desaguan en éste, uno de ellos el Alster. Está, además, atravesada por un gran número de canales, por los cuales se transportan muchas mercaderías. Tal vez debido a esto la han llamado LA VENECIA DEL NORTE. Posee unas treinticinco o cuarenta iglesias de altas torres, de las cuales hay algunas más altas que la cúpula de San Pablo, en Londres. La de San Nicolás es especialmente notable por su cúspide que tiene 473 pies de alto y viene a ser la tercera, después de la de Ulm y la de Colonia. La de San Miguel tiene espacio para tres mil feligreses y es de muy atrevida arquitectura, porque no tiene un solo pilar. La de San Pedro, la más vieja de todas, posee ventanas de vidrios pintados admirablemente por Keller de Nuremberg; también posee un relieve digno de verse, de H. Shubert, en la tumba de Cristo.

Además de las iglesias son dignas de verse la *Casa Municipal* (Hat haus), en donde se reúne también el SENADO que es una de las Cámaras, en donde se guardan los Archivos de la ciudad. Junto a esa casa está la del Cambio, a donde concurren diariamente, en las horas de los negocios, de la una a la tres de la tarde, como cinco o seis mil personas, comerciantes, corredores de comercio y cambistas. Guarda en ella la ciudad una librería, la COMERCIAL, de más de cien mil volúmenes. En la vecindad está la *librería de la ciudad*, con seiscientos mil volúmenes y cinco mil manuscritos, así como la colección de antigüedades de Hamburgo. Posee también la bella STADHAUSE, que es la principal estación de policía de la ciudad. En fin, es digna de verse la hermosa casa de la SOCIEDAD PATRIÓTICA para las reuniones de los sabios y de los artistas; lo mismo que la de la CORTE SUPREMA DE JUSTICIA; la de SEGUROS para la vejez y para los accidentes de trabajo; la de la ADUANA y la de los LABORATORIOS QUÍMICOS Y FÍSICOS; el JARDÍN BOTÁNICO Y ZOOLOGICO, la del MUSEO, el CORREO, de estilo renacimiento, el INSTITUTO DE HIGIENE y el de ARTES E INDUSTRIAS, el HOSPITAL, una de las construcciones más finas de Europa; la ESCUELA DE CONSTRUCCIÓN DE BUQUES, el INSTITUTO DE MARINA y el de ENFERMEDADES TROPICALES, con laboratorios para los estudios de FISIOLÓGIA, la ESCUELA DE MÚSICA, la de NAVEGACIÓN y de COMERCIO y el CREMATARIO y los imponentes CEMENTERIOS de la ciudad.

Hamburgo, por lo visto, es una ciudad maravillosa, una

República con todos los elementos de cultura y de libertad para vivir felices.

Como PUERTO no me sería posible describirlo como deseaba. Diré que Hamburgo es el puerto más grande, más amplio y más importante del Continente Europeo, y junto con el de Londres y el de New York, es el más importante del mundo. Como es un PUERTO LIBRE, es *casi enteramente* de la *naturaleza del tránsito* porque no sólo es la principal salida de Alemania y de Austria y también, en cierta extensión, de Polonia, de las materias primas y de las de las manufacturas. Sus principales importaciones son el café, del cual es el mayor mercado continental, el té, el azúcar, el arroz, las especierías, vinos, manteca, cereales, sagú, frutas secas, arenques, cera, tabaco, algodón, cáñamo, lana, pieles, cueros, aceites, índigo, tintes, nitratos, fósforos y carbón.

En la actualidad el comercio de Hamburgo cuenta con 500 buques de vela, con un tonelaje de trescientas mil, y seiscientos cincuenta vapores con otro de un millón trescientos mil. En los días que pasé en Hamburgo la tripulación de esos buques llegaba a treinta y dos mil hombres.

Es Hamburgo un puerto de numerosos muelles, de otros tantos almacenes de depósito, factorías para empacar, y numerosas industrias, principalmente para la producción y despacho de artículos alimenticios y de bebidas.

Como el comercio de cereales es muy grande, una gran porción de maíz es convertido en harina. En conexión con esta industria hay numerosas panaderías y fábricas de biscochos, así como especierías diversas.

Hay factorías de chocolate, de polvo de pan, de tostar y moler café, de conservación de jamones, refinerías de manteca, manufacturas de margarina, de conservación de pescados y de conservas diversas.

Hay numerosas cervecerías que producen como veinticinco millones de galones de cerveza, destilaciones de licores y de aguas artificiales, fábricas de géneros textiles e industrias varias de tejidos de algodón y de lana; fábricas de tabaco y cigarros y de productos químicos, de aceites, jabones y cauchos, marfil y artículos de celuloide y manufacturas de cueros.

En fin, la construcción de buques ha hecho progresos asombrosos. Había en Hamburgo cuando lo visité y estudié,

once amplios establecimientos. Solamente tres son de gran extensión y uno donde los mayores buques oceánicos y de guerra para la MARINA alemana son construidos, para lo cual emplean cinco mil obreros. Industrias de arte, particularmente aquellas que satisfacen el lujo de los habitantes en el acondicionamiento de sus casas, como lo son las del papel para los muros, y muebles para las habitaciones, y aquellas industrias que incluyen el arreglo de los buques oceánicos, habían hecho en ese tiempo grandes progresos y estaban entre las mejores producciones del mundo.

¡Hamburgo! ¡Todavía no salgo de mi asombro al conocerle! ¡Qué maravillas tienes!... Y nosotros con una gran bahía, en un vértice de nuestro gran Océano Pacífico, con nuestro Atlántico detrás y numerosos países de nuestra raza y de nuestra América a los lados, sin ninguna de esas industrias. ¡Panameños!... Pensad en esto y olvidad la empleomanía. Hay un mundo de esperanzas, de éxitos y de dignidad en imitar a Hamburgo...

En mi segundo viaje visité COLONIA y BERLÍN. En Colonia estuve toda una semana. Es muy bella y digna de conocerse.

Viéndola desde lejos, especialmente desde el Rhin, con sus torres y edificios de la edad media, y el todo sobremonstrado por su majestuosa Catedral, la ciudad es pintoresca e imponente. Visitándola en detalle se aprenden muchas cosas que no están consignadas en libros o que, estándolo, uno no lo sabe porque no conoce tales libros. Por ejemplo, COLONIA fué una colonia de los romanos, en un período anterior a Nerón, pues fué fundada por el emperador Claudio, que fué marido de Agripina, nacida en el caserío de OPPIDEUM UBIORUM que había. Otro ejemplo es el Santuario de los tres reyes, Gaspar, Melchor y Baltazar, que existen en la Catedral, que las gentes de Colonia suponen fueron los tres reyes sabios que vinieron del Este a rendirle adoración a Cristo cuando niño. De acuerdo con la leyenda, el Emperador Federico I, Barbarroja, trajo los huesos de ellos de Milán en 1162 y los hizo enterrar en la Catedral de Colonia y a esas reliquias les fueron atribuidos poderes milagrosos de salud.

En fin, en la iglesia de Santa Úrsula, en la misma Colonia, están los huesos de esta Santa y los de ONCE MIL VÍRGE-

NES (que eran inglesas), asesinadas cerca de Colonia mientras iban en peregrinaje a Roma.

La Catedral es uno de los más finos y puros monumentos de arquitectura gótica en Europa y en el mundo, que ha pasado por mil peripecias, hasta llegar al estado admirable de hoy. Tiene la forma de una cruz con una longitud de 480 pies, un ancho de 282 y una altura en la nave central de 154. Cada una de sus torres tiene una altura de 511 pies. La más pesada de sus siete campanas fue fundida en 1874 con el metal de los cañones que tomaron a los franceses, con un peso de 543 cwt, y es la más grande y la más pesada de las campanas que suenan y doblan y repican en el mundo.

Sería inacabable si me propusiera consignar en el papel los recuerdos de mi visita a Colonia, y por eso de Berlín me reduciré a referir tan sólo mi visita al Presidente Hindenburg, uno de los hombres de méritos propios y positivos más verdaderos que he conocido en el mundo, los cuales encubre con una naturalidad admirable, con la conducta más modesta que pueda imaginarse.

Berlín es completamente moderna. Su transformación en capital del Imperio Alemán, después de la guerra de 1870, la hace ser hoy el centro de salud, de actividad, de conocimientos, de belleza y de vida de ese Imperio, añadiendo a todo esto la maravilla de su cívica administración, la más moderna y la más perfectamente *organizada* que se conoce...

El número de sus plazas y parques, si mal no recuerdo, es de ochenta y siete, y todas están embellecidas con iglesias, palacios o edificios públicos importantes y con estatuas o monumentos. Recorriéndolas me sonreía, recordando el concepto del más notable de los Pihuilas que hemos tenido cuando visitó una todavía aldeíta en las cercanías de Panamá, que fué fundada por uno de los gobernantes de esa amada y pequeña República, para dar albergue a unos pobrecitos que tuvieron que abandonar las cercanías de Peña Prieta, cuando la urbanización de los terrenos de la Exposición, así nombrados por haberse celebrado una exposición en algunos de los palacios que se erigieron en ellos, al cumplirse EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL PACÍFICO. La visita que hizo a la aldeíta ese Pihuila, fué para ver de conseguir un solar en ella y cuando descubrió el lugar destinado por aquel gobernante

para la plazuela de la nueva población y lo escogió para su casa, le hicieron ver que ese era el lugar escogido para la plaza del pueblo; entonces dijo solemnemente:

—Ya no se usan las plazas. Ya las poblaciones no necesitan sino edificios para las habitaciones y tiendas...

A poco de llegar a Berlín me propuse visitar al Presidente Hindenburg, para expresarle mi reconocimiento por las muchas atenciones que recibí a mi llegada, y así lo hice, solicitando la venia de él y el señalamiento de día y hora para hacerlo.

No vive el Presidente en el Palacio Real, ni en ninguno de los numerosos palacios de la familia Hohenzollern. Vive en una casa de humilde apariencia y no en ninguna de las calles o plazas principales de la capital, sino en una calle de poco renombre y poco frecuentada.

La guardia de la Presidencia era escasa y me recibió haciéndome los honores del caso. Dos oficiales me condujeron a la oficina principal en donde dispusieron hacer saber a Hindenburg mi llegada, acordándose entre ellos y yo que el idioma que emplearía para hablar con él sería el inglés. Otro de los empleados civiles vino a avisarme que podía seguir, guiándome hasta la propia oficina de Hindenburg, en donde lo encontré de pie. Nos saludamos con inclinaciones de cabeza y me hizo sentar a su lado.

Me creí en el deber de expresarle mi agradecimiento por la gentil manera como había sido tratado en Alemania, desde mi llegada, y no contestó nada. Le hablé también de lo que yo había visto en Hamburgo, en Colonia y en Berlín, asombrado de los progresos de esa capital, y nada agregó tampoco. Le hablé del civismo que había encontrado por todo el país, con todo y la reputación militar del Imperio. Tampoco dijo nada. Y por último pensé en hablarle de él, de Hindenburg, y le hablé así, llamándolo el militar de más fama del Imperio, el preferido por el Emperador y escogido por él en la última guerra, para el puesto de mayor importancia; el monárquico más renombrado. En fin, le hablé de la idea que hemos tenido en nuestra América de su fidelidad al Emperador y al Imperio y de cómo fué escogido para regir los destinos de la

nueva democracia de Alemania y de cómo los había regido con toda lealtad y fidelidad y adhesión a esa República.

Cuando yo así hablaba, veía en el Jefe de la Alemania democrática y republicana la emoción creciente que abultaba y levantaba el pecho de ese formidable hombre, como si fuera a ahogarlo y notaba cómo se ensanchaban sus narices que respiraban con ruido, y contemplaba sus ojos completamente humedecidos de lágrimas.

Pero guardó silencio, no dijo nada...

EL JESÚS TRIUNFANTE DE MI PUEBLO



DE los fundadores de mi pueblo natal, uno de ellos, — *Don Joaquín Barahona*, — se reservó en su casa el *Jesús* del Domingo de Ramos, — *El Jesús Triunfante*, — y su hijo, del propio nombre y apellido y su esposa doña Francisca de León y sus nietas Juana Gumerinda, Adelaida y Emilia, y sus biznietas, Hortensia, Celia, Elena, Lascenia y Juanita, heredaron el cargo de cuidarlo y de cuidar sus vestimentas, particularmente la *Gran Capa* del Domingo de Ramos, que usaba cuando lo montaban en un borriquito para emprender viaje a Jerusalem, borriquito que renovaban cada tres años y que cuando yo lo conocí era de don Federico Barrera.

Al principio, cuando niño, hasta la edad de diez años, castigaban en mi casa mis travesuras y mala conducta, obligándome a ir al cuarto donde permanecía sentado Jesús, a arrodillarme delante de él y pedirle, así arrodillado, perdón por mis faltas; rezarle después un credo o dos credos o tres, según fuera la falta, y rogarle dulcificara mi carácter...

En ese tiempo le tenía yo un gran terror que no podía dominar, en vista de la consideración de que lo teníamos en la casa y que hacía como parte de la familia. Yo no perdía Domingo de Ra-

mos, que no asistiera a la procesión, los primeros años vestido de *Hebreo*, y ya en mi pubertad, a los doce, trece y catorce años, vestido con el vestido dominguero, de pantalón de dril blanco, y saco de alpaca, negro, llevando alguna de las varas del Palio, en la *Puerta de Tierra*, en donde se le recibía, fingiendo que lo era en Jerusalem, puerta que construían siempre, a la entrada de la plaza, en el término de la calle de Calidonia, llamada también de *Las Lágrimas* por las grandes y las pequeñas piedras y lajas que le servían de pavimento y de muros a las casas construídas a una y otra ladera o acera.

A los catorce años fui enviado al lado de mi padre, a seguir mis estudios en la Universidad Nacional, en Bogotá, en donde permanecí diez años, cuando concluí esos estudios, y fui enviado a la Universidad de Bruselas por el Presidente Francisco Javier Zaldúa, que antes había sido Rector de la de Bogotá.

Mi familia se conservaba, todavía en ese tiempo, y yo había ido a verla, antes, unas dos veces. El hábito de la infancia en esas ocasiones me había inducido a introducirme a la recámara en donde *Jesús Triunfante* permanecía sentado, esperando el nuevo Domingo de Ramos, a arrodillármele delante de él, posición en la que rezaba los dos o los tres credos que cuando niño rezaba en castigo de alguna falta.

Pasaron los años... En mi accidentada vida había visitado muchos países y desempeñado algunos puestos públicos. Nunca, durante el transcurso de esos años, olvidé al temido Jesús de mi casa. Cuando estaba muchacho, a los catorce o quince años, mandaba en mis cartas a los miembros de mi familia, *saludos* para el Jesús. Cuando ya hombre y en edad madura, llegando a la vejez, me dieron la triste noticia del derrumbe de la casa solariega, en donde vivieron tres generaciones de mi familia, y nadie supo decirme qué se había hecho el Jesús Triunfante que habitaba en mi casa. Nadie!...

Pasaron años y años y los recuerdos de hoy me hacen pensar en los pensamientos de Boufflers que he leído con deleite. Dice que el placer es la flor que se marchita; y el recuerdo es el perfume duradero de ella... Y es verdad, el recuerdo es el único paraíso fuera del cual nadie puede echarnos.

Un día muy de mañana, un Domingo de Ramos, me fui con mi familia,—mi esposa y cuatro niños,—a Las Tablas, adonde

creímos íbamos a llegar antes de la procesión del Jesús Triunfante, que tiene lugar siempre a las cinco de la tarde. Cuando culminamos la altura de los llanos, ya llegando, llanos que quedan al Norte del pueblo, no torcimos a la izquierda para pasar por el Barrio del *Niño Jesús de Praga* y penetrar por la calle del Cuartel, sino que nos dirigimos directamente para entrar a la plaza del pueblito por el callejón del Maestro Claudio, y efectivamente entramos a ésta, al Norte del costado oriental del parque. Notando el alborozo del pueblo, dí órdenes para que el carro recorriese la sección Norte de dicho parque, y torcimos a la izquierda al costado occidental, que se halla enfrente de la iglesia. Casi llegamos a la escalinata de ladrillos que posee esa iglesia para subir a ella, y con sorpresa vimos que venían saliendo al atrio el *Jesús Triunfante*, montado en el borriquito tradicional, sostenido por los brazos de un sacristán, seguido de un mundo de fieles que llenaba la iglesia y las entradas laterales de ella... La mayor parte de esos fieles me conocieron y comenzaron a avisarle a los que no me alcanzaban a ver que yo estaba en el carro que estaba enfrente de la escalinata de la iglesia. Decían así: «Ha llegado el Dotol!»; allí en el carro va el Dotol»... Yo ordené al *chauffer* que retrocediera para la parte oriental del parque y así lo hizo, aunque con mucho trabajo, medida y tiempo, y, cuando ya la procesión iba llegando a esa sección, tuvimos que detenernos. La gente toda dirigió hacia el carro sus miradas y me vió completamente, y comenzó a acercarse al carro; yo salí de éste y en un momento todos se vinieron, como unos cuatro o cinco mil, y me rodearon abrazándome... *El Jesús Triunfante quedó solo*, montado en su borriquito y sostenido por dos sacristanes y enfrente de él, el cura con otro sacristán que sostenía el incensario. La mirada del cura fué de un gran reproche... Me parecía que decía: Condenado! sólo vienes a dañar y descomponer la procesión del noble Jesús... Condenado!!... Yo no pude contenerme, y les dije en alta voz a los fieles que me rodeaban: «Señores y amigos queridos: Yo he venido hoy a este mi pueblo, y a esta hora, porque he querido cumplir una promesa o *manda* que había hecho de venir y tomar parte en la procesión del amado Jesús Triunfante este Domingo de Ramos. Siendo así que llego cuando esta procesión comienza, los invito a que me acompañen en toda ella y recemos con fervor cuando entremos a Jerusalem»... Me puse a la cabeza de

ellos y comencé a caminar y todos me siguieron y unidos al amado Jesús y al cura del pueblo, éste prosiguió sus oraciones, y nosotros las repetimos y le dimos la vuelta al pueblito por la calle de la *Chancleta*, por la del *Ñopo*, por la del *Palenque*, por la de *Calidonia* o de *Las Lágrimas*, por la del Norte de la plaza y la del *Cebo Frío*, la de la niña *Antonina*, la del *Cuartel* y por la del lado Sur de la plaza hasta entrar a la iglesia de nuevo. El cura me miraba con cierta ternura y agradecimiento y mi amado Jesús volvió al sillón que siempre había ocupado, el que fue colocado por delante del gran pilar del estrado del altar mayor, a la izquierda... Me acerqué entonces a Jesús, me arrodillé ante él y recé los tres credos que le rezaba cuando niño. Las gentes me miraban con amor y cuando salí de la iglesia todos se fueron conmigo para verme más de cerca, para oírme mejor y para abrazarme...

En este punto recuerdo lo que decía San Pablo: «Dejad que aprendan primero a mostrar piedad en la casa.» La religión, en efecto, debe comenzar en la familia. El más santo de los santuarios es el hogar. El altar de la familia es más venerable que los de la catedral. La educación del alma en la eternidad debe comenzar al lado del fuego del hogar...

Recuerdo también las grandes verdades escritas con palabras de fuego o de luz en cada página de nuestra historia: no hay libertad sin virtud; no hay virtud sin conocimiento; y ninguna libertad, ni ninguna virtud tiene ningún vigor ni es ni puede ser esperanza inmortal, excepto en los principios de la fe cristiana y en las sanciones de la religión cristiana.—La religión, como decía Carlyle, no puede desaparecer. La quemada de un manojo de paja puede ocultar las estrellas del cielo, pero, sin embargo, las estrellas están allí y reaparecerán... La religión que hace los hogares más puros y felices será siempre la mejor para un país. Si el cristianismo lo hace, es, sin duda, la mejor de todas las religiones.

Y citaré también a Goethe que decía: que la verdadera religión nos enseña a reverenciar lo que está bajo nosotros, reconocer la humildad, la pobreza, la ruina y el desastre, el sufrimiento y la muerte como cosas divinas...

Lo que yo sentía por mi pueblo era amor. Lo que sentía viendo a Jesús de nuevo, al Jesús Triunfante que habían reverenciado tres generaciones de mi familia, eso también era amor.

—Y el amor, según el gran Petrarca, es la corona de gracia de la humanidad, el más santo derecho del alma, el lazo de oro que nos liga al deber y a la verdad, el principio redimible que principalmente reconcilia el corazón a la vida, y es profecía eterna de bondad...

LA VÍA APPIA



DURANTE las tres administraciones públicas, con que el noble pueblo de mi país me honró, eligiéndome para dirigir los destinos de la República, a todas las obras públicas que llevé a cabo, edificios para escuelas, hospitales, puentes, acueductos, muelles, alcantarillados, calzadas y carreteras, les hacía poner adheridas, en parte visible de ellas, en el muro del frontispicio, sobre alguna columna, o en el arco del puente o a su entrada, *una placa de bronce* con la constancia del año y con la expresión: *Administración Porras*, ambas en relieve.

Lo hice siempre así como una prueba de mis esfuerzos patrióticos, o como un estímulo para los que me sucedieran, y como fruto de mi iniciativa de obras semejantes que había conocido en los países donde había vivido. Los gobernantes han procedido así en todas partes, desde la más remota antigüedad, en Roma, en Grecia, en España, en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Portugal, en Inglaterra, en Estados Unidos; por donde he estado he visto las inscripciones que han sido puestas sobre las obras que han llevado a cabo los gobernantes, o los jefes de las Municipalidades, o las Corporaciones, encargadas de ejecutarlas. Siempre consideré que esas inscripciones no eran mues-

tra de la vanidad humana, sino constancias para la Historia, justificación para con el pueblo, pruebas de los esfuerzos patrióticos y estímulos para los sucesores.

En Bélgica fué la primera vez que ví éstas cosas, y después de Bélgica, en Holanda, en Francia, en Inglaterra, en Portugal y en España, y sobre todo en Italia, la antigua, es decir, la de la Roma que dominaba en toda la península y en una gran parte del mundo, la abuela de todos los pueblos latinos, de habla castellana, y la maestra o inspiradora de todas ellas.

Podría citar muchos casos. Inscripciones en Bélgica, en Francia, en Inglaterra, en España y en Italia, países que conocemos bastante bien; pero no lo creemos necesario. Vamos a citar del último de esos países, endonde hemos visto los ejemplos más impresionantes, uno de ellos es el llamado *Panteón*, en Roma, que es una imponente Rotonda con una poderosa columnada, que ofrece un aspecto maravilloso. Antiguamente sus muros, de seis metros setenta centímetros de espesor, estaban revestidos de mármol y de estuco. El Pórtico tiene 33 metros 50 centímetros de ancho, por 13 de fondo. Diez y seis columnas corintias de granito de 12 metros con 50 centímetros de elevación y de las cuales el cuerpo de ellas tienen 4 metros 50 centímetros de circunferencia. Las dos columnas de las extremidades terminan en dos nichos construídos para guardar o mantener allí las estatuas de Augusto y de M. Agrippa, su yerno, *por quién el edificio fue construído el año 27 av. J. C., como lo dice la inscripción:*

«M. AGRIPPA L. F. COS TERTIUM FECIT.»

Por ese estilo hay muchísimas más. La que nos sirvió de modelo para las carreteras que hice construir por las provincias del interior, desde la ciudad de Panamá, Capital de la República, por una gran parte de la Provincia del mismo nombre, por la de Coclé, Veraguas, Herrera y Los Santos hasta Mensabé, el principal puerto de ella, fue la llamada *Vía Appia*, que sale de Roma por la antigua puerta *Capena*, cerca de la Iglesia en ruínas de San Gregorio el Grande, atraviesa la campiña romana y llega a Capua, de donde fue prolongada después, hasta Benevento y *Brindisi*, en la costa del Adriático, en donde está el puerto. Todos los autores le dan el título todavía, de «*Reina de las Rutas*»... Fue construída el año 312 av. J. C., es decir, hace dos mil doscien-

tos cuarenta y dos años (2242) y todavía a nadie se le ha ocurrido quitar la lápida que, de vez en cuando, se encuentra a derecha e izquierda de la vía, con el modesto letrero que dice:

«APPIO CLAUDIO FEGIT
ANNO 312 AV. J. C.»

pues, efectivamente, fue Appio Claudius, quien desempeñaba en Roma el empleo de *Censor*, quien la mandó hacer, y en dos mil doscientos cuarenta y dos años a nadie se le ha ocurrido cambiar el nombre del autor de ella, con todo y que en 1850 Pío IX mandó despejar el terreno de la vía, cubierta de malezas en muchas partes y de tierra y cascajo llevados a ella por las lluvias. Conozco hasta los nombres de los comisionados de Pío IX. Se llamaron Jacobini que era su Ministro de Comercio, y Canina, un célebre arquitecto de Roma. Emplearon tres años en el despejo de la vía hasta la décima primera (11ª) piedra miliaria, es decir, hasta la oncená piedra que marca en la vía las millas, y a Pío IX no se le ocurrió, ni a Jacobini ni a Canina agregar siquiera, su nombre al de Appio Claudio, mucho menos suplantarlo. No recuerdo bien quién fue quien ordenó o quién hizo el pedazo de carretera a Benevento, ni el otro pedazo final a Brindisi, en conjunto 32 millas; pero quien quiera que haya sido, tampoco pensó, ni soñó en agregar su nombre al de Appio Claudio. La vía fue ideada y hecha en su mayor parte por éste y todo el mundo respeta su obra, nadie ha querido ni intentado asociar su nombre al del famoso Censor, o Cuestor de Roma. Educación de pueblo admirable! *Lo tuyo es tuyo y lo mío es mío!*... Yo no puedo ni debo vestirme, ni adornarme con tus ropas: Yo no puedo apropiarme tu trabajo, ni el fruto de tu trabajo que aquí vale más que el dinero, es *gloria* y *fama*. Esa la has ganado tu con tu cerebro que la concibió y la desarrolló y la llevó a cabo. Honor a tí y gloria a tu nombre!...

Decimos todo esto porque así como alguno de los empleados o visitantes de la Tesorería Municipal de Panamá, el día que visitamos el edificio que compramos para el Correo y que mandamos apropiar para el mismo, con un tren de carpinteros y albañiles, gritó desde la ventana de esa Tesorería:

«Cuando salga de la Presidencia quitaremos la placa con la inscripción que han puesto encima de la puerta.»

Y uno de los albañiles le contestó en el mismo tono:

«Ca... (Perdone Doctor!) Y qué hacen con el edificio? donde se lo meten?»...

Hemos estado en Roma cinco veces, y siempre hemos echado nuestro paseo a Capua en carro por la *Vía Appia*, saliendo por la puerta *Capena*.

Por las primeras millas de la vía el camino está flanqueado por una no interrumpida serie de tumbas y de otros edificios. De las tumbas un gran número está intacto, el tiempo las ha respetado.

La perspectiva sobre la Campiña romana, que se extiende a derecha e izquierda, es muy bella. A la izquierda a uno y otro lado, se ven las arcadas grandiosas de *l'Aqua Marcia* y del *Aqua Claudia*, ésta última perteneciente al acueducto Claudio, obra del mismo Appio Claudio, forma en parte *l'Aqua Felice* moderna.

A los doce minutos de la puerta de Roma, *La Vía Ardeatina* se desprende a la derecha y un poco a la izquierda se levanta la pequeña Iglesia

DOMINE QUO VADIS

que saca su nombre de una leyenda, sobre la cual, San Pedro que se escapó de la Prisión Mamertina, huyendo del suplicio, a que lo destinaba Nerón, había encontrado a Jesu-Cristo y le había dicho:

Domine (Señor!) *Quo Vadis* (a dónde va Ud?), a lo que Jesús había contestado:

«*Venio iterum crucifigi*» (vengo a hacerme crucificar de nuevo), lo que había hecho volver a San Pedro sobre sus pasos.

Allí muestran una reproducción de las huellas que dejaron los pies del Salvador, se dice, sobre el mármol. A los 25 minutos se llega a la derecha a la entrada de las catacumbas de San Calixto, reconocibles por algunos cipreses y por una *inscripción*.

Un poco más lejos la ruta se bifurca: la ruta moderna y la vía *Appia Antica* pasa por las *Catacumbas Judías*, a la izquierda la viña *Randandini* y desciende a la Iglesia de San Sebastian, una de las siete iglesias más antiguas que los peregrinos van a visitar porque se eleva sobre las catacumbas en donde reposan tantos mártires...

Somos todavía un pueblo nuevo, o mejor, un pueblo de niños. Los romanos son un pueblo de gigantes. Desde que fun-

daron a Roma lo fueron así. Recordemos lo que cuenta la Historia, de Rómulo cuando comenzó a construir las murallas que rodeaban la nueva ciudad. Así que estaban concluídas, Rómulo dispuso que nadie podía pasarlas por encima para entrar a la ciudad sino por alguna de sus puertas, y con permiso para salir o entrar. Remo, como un chiste, de esos que nosotros celebramos a menudo, pasó por encima de la muralla y se vanagloriaba de ello. Pagó con la vida la violación de la ley que era el mandato de su hermano. Entre nosotros se habría festejado al trasgresor. Qué valeroso! Qué fortaleza de hombre! Se colgó de un brinco del borde del muro, se alzó, esforzándose con las manos y los brazos, se empujó con los pies, metidos en alguna rendija y trepó a lo alto, y luego se colgó de nuevo de los bordes altos de ella y se dejó ir... casi un maromero! Así proceden los muchachos no educados: desobedeciendo las órdenes superiores! Irrespetando lo que es sagrado! La muralla es la defensa de la ciudad. Debe respetarse... Así comenzó Roma!

Pues bien. Cuando en la construcción de la Carretera Nacional, llegamos en ella hasta después de San Carlos, y habíamos levantado el gran puente sobre el río Chame; cuando venían el ingeniero y sus obreros llegando a ese pueblo de Chame, terminó nuestro último período de mando. En mi período anterior había mejorado el camino hasta *Paja, San José de Balboa*, pueblo que fundamos. Lo habíamos hecho carretero, desde el puerto de La Chorrera hasta La Chorrera y habíamos hecho construir hasta Paja numerosas alcantarillas y algunos puentes, como el que existe desde entonces sobre el río Caimito. Todo esto es cierto; pero propiamente, cuando la carretera llegó a San Carlos y fué construido el gran puente sobre el río Matahogado a la entrada del pueblo, terminó nuestro período de mando y nos fuimos a Europa en una honrosa misión que nos dió el Gobierno.

Dos años estuvimos ausentes, y cuando vinimos quisimos ir al pueblo natal, en carro por la carretera, de que ya disfrutaban los pueblos. Nos fuimos con la familia y con dos familias amigas, y como habíamos ordenado a los ingenieros que las contrataron para hacerlas, que la placa de bronce con la inscripción:

«ADMINISTRACIÓN PORRAS
AÑO 1923»

fuera colocada con tornillos a la entrada de los puentes, en las columnas, sobre las cuales se apoyaban sus arcos, al pasar por primera vez sobre esos puentes, comenzamos a ver en los que se construyeron desde San Carlos hasta Penonomé, que habían destornillado de algunos puentes algunas de las placas indicadas y habían sido reemplazadas por otras con el nombre de otra Administración y en un año distinto... Todos los que vieron esto se indignaron...

Como había puentes intermedios con nuestra placa, nos sonreímos de esto; pero en nuestro último viaje, de los de esa sección de Penonomé a Antón y San Carlos, desaparecieron todas las placas de Porras y fueron reemplazadas con las de otra Administración. Y estoy vivo y puedo seguir viajando por unas carreteras cuyo *complemento* son los puentes por los cuales se pueden pasar los ríos y las alcantarillas por las cuales se pueden pasar las quebradas o zanjas que se llenan de agua en invierno...

Appio! Appio Claudio! Hace *dos mil doscientos cuarenta y dos años* que tú, en tu calidad de Censor, construiste una ruta que mereció y merece aún que se le llame «*La Reina de las Rutas*», y a nadie, en Roma, ni en Capua, ni en Benevento, ni en Brindisi, ni en el valle *Caffarella*, ni en la viña Vagnolini, ni en San Calixto, ni en Albano... A nadie se le ha ocurrido borrar tus inscripciones y poner las suyas... No; estás muerto y no podrías reclamar; todos los habitantes de esas ciudades y aldeas se alzarían, condenando al ladrón de tus esfuerzos patrióticos, y de tus glorias y de tu fama y restableciendo lo que es tuyo... Roma... ¡Tenemos mucho que aprender todavía de ti! Cómo imitar a tus hombres y nunca escamotearles sus honores, sus esfuerzos, sus servicios, su gloria y su fama!...

EL KINDERGARTEN DE BALBOA, EN LA ZONA DEL CANAL



Todos mis hijos han aprendido a leer desde muy temprana edad, — a los cinco o seis años, — con excepción del último, Alvaro, quien ya tiene siete años y medio y todavía no conoce, como dicen, la O por lo redonda. Mi señora lo atribuye a las dolencias que tuvo durante su más tierna infancia; yo, a veces, me complazco en ver en esto, un rasgo mío hereditario, porque yo no aprendí a leer sino a los nueve años... Como sea, lo cierto es eso, que mi hijo Alvaro tiene cerca de ocho años y todavía no sabe leer.

Un día, la dulce e inteligente señorita Teresa López, Directora del *Jardín de la Infancia*, de la Escuela Normal, salió con los treinta o cuarenta niños de la Escuela a la Plaza de Cervantes, y desde que Alvaro los vio marchando, tan gentilmente como lo hacían, formó un alboroto de alegría y mi señora y yo tuvimos que salir al pórtico de la casa a verlos. Fue tan grande el entusiasmo de Alvarito que la Directora se llegó a la casa y lo invitó a marchar con sus niños y él le ofreció hacerlo al día siguiente. Tuvo ella la gentileza de venir por él con todos los niños de la Escuela y Alvarito se fue para figurar en su número. Tres días estuvo concurriendo a dicha Escuelita y al tercer día se resistió a volver a ella. No valió que

vinieran como la primera vez la Directora y sus discípulos.—Yo quise averiguar la causa y él guardó al principio silencio, hasta que al fin, de tanto preguntarle por qué no quería volver,—me dijo:

Papá: uno de esos muchachos me llamó *Pinocho* y durante toda la mañana me llamaba con tal nombre: *Pinocho! Pinocho!...*

No insistimos más y el caso fue admitido como una renuncia definitiva.

Cuando llegó la Pascua mi señora fue convidada a asistir por amigas de la Zona, con mis tres hijos menores a la fiesta del *Jardín de la Infancia* de Balboa. Los americanos, en Balboa, no olvidan lo que ellos son en su propio país, adoradores de la pascua, sobre todo para festejar y regalar ese día a sus amados hijos.

La fiesta fue bien planeada y mi señora y mis hijitos asistieron a ella. Habían arreglado los terrenos de esa Escuela admirablemente, y habían escogido entre las mayores de las niñas, la que debía hacer el papel de la Virgen, y de entre los niños, a otro para hacer el de San José, y desde luego en la prima noche aparecieron éstos viajando y llegando a Jerusalem, que era un grupo de casitas, preparadas al efecto, y se fueron a cada una de ellas a pedir posada y no se les pudo dar, y al fin, encontraron el pesebre en donde nació esa noche el niño Jesús. A poco, vestidos de Reyes Magos, se presentaron uno a uno tres muchachitos que llegaban a adorar a aquel niño Jesús, y hubo Pastores que hicieron otro tanto, y por último, apareció *Saint Cloud*, cargado de regalos, consistentes en juguetes de todas clases para todos los niños de esa Escuela, el Kindergarten o Jardín de la Infancia de ese Barrio de la Zona...

La emoción de Alvarito por todo esto fue extraordinaria y aunque esa noche no nos dijo nada, al día siguiente nos pidió lo mandáramos diariamente a esa Escuela, y desde entonces hasta hoy no ha faltado un sólo día.

Yo lo llevé al Kindergarten en carro una vez, y, tanto la Directora como las otras tres maestras, me invitaron a presentar sus trabajos, y yo acepté.

El edificio es espacioso, largo y ancho y alto, y sus muros, desde una cierta altura, consisten en alambrados que dejan circular ampliamente el aire. Unidos a ese edificio hay dos más, mucho más pequeños, el uno en donde guardan los materiales de la Escuela y el otro que sirve en una parte de oficina y en

la otra parte para la reunión de los niños y para su organización en columnas para marchar al gran salón. Al rededor de esos edificios existe una llanura que limita, por el Este, con la amplia calle sembrada de palmeras que se llama «El Prado», la cual va al Nordeste a la loma en donde se eleva el edificio llamado de *Administración*, en donde trabaja el Gobernador y todos los funcionarios públicos de la Zona, y luego, en dirección Sudoeste, hasta el edificio del club, llamado «Club House», y al Norte, en fin, con la preciosa alameda de laureles de la India que da, con el más extraordinario follaje, en toda su extensión, el sombrío más encantador.

Los terrenos descritos, con los edificios mencionados, constituyen el *Kindergarten de Balboa*, y se conocen, junto con los aparatos de gimnasia que figuran, a campo raso, al rededor de los edificios, la casa de juegos, varios columpios, el deslizadero o resbaladero y la alberca, vadeable para tener los viernes y sábados los ejercicios de natación, con el nombre de *Clubs and Play grounds Kindergarten* y están bajo la vigilancia de Mr. E. F. Ataway que es el Secretario General de los Clubs y campos de juego de la Zona.

La palabra *Kindergarten* es alemana y fue el nombre que el gran instructorista *Friederick Froebel* dió a una especie de *Escuela de Juegos*, inventada por él para promover y hacer adelantar el desarrollo físico, moral e intelectual de los niños entre los tres y siete años. Hacia el final del siglo xviii Pestalozzi planeó y Oberlin formó asilos de día para niños. Escuelas de esta clase tomaron en Holanda el nombre de *Campos de Juegos*, y en Inglaterra, en donde han especialmente florecido, el de *Escuelas para la Infancia*; pues la idea de Froebel, del *Kindergarten* o *Jardín de la Infancia*, difiere esencialmente del de las Escuelas para la Infancia de Inglaterra. El niño necesita estar preparado para *la sociedad*, asociándolo, desde temprano, con sus iguales, y niños así, llevados juntos, pueden tener sus empleos, especialmente su principal empleo, en el juego, tan organizados como para extraer o sacar a luz sus capacidades de sentimientos y aun de inventos y de creación.

Froebel, pues, inventó un curso de ocupaciones, las más de las cuales *sociales*. En muchos de estos juegos están conectados los presentes o regalos que son cosas de juego, dados a los niños. Esos presentes o regalos son, en orden, seis bolas

de color, una bola de madera, un cilindro y un cubo; un cubo cortado para formar ocho cubos más pequeños, otro cubo cortado para formar ocho paralelogramos, un cuadro y triangulares tabletas de madera, coloreadas, y listones de tela, sortijas y círculos para servir de modelos. En *Kindergarten* modernos mucha importancia se le ha dado a tales ocupaciones y a los dibujos en arena, en madera, con tiza y en papel, plegados, etc. etc. La facultad artística fue muy buscada por Froebel, así en como la educación de los antiguos, el sentido del ritmo, en sonidos y movimientos, fue cultivado con la música y con la poesía introducidas en los juegos. Mucho cuidado se le dió a la educación de los sentidos, especialmente a los de la vista, del oído y del tacto. La intuición o experiencia de primera mano fue reconocida como la verdadera base de los conocimientos, y aunque se contaron muchas historias, la instrucción de la clase de erudición o de literatura o de la ciencia fue excluida. Froebel buscó enseñar a los niños, no lo que debían pensar sino *como pensar*, siguiendo en esto los pasos de Pestalozzi, quien ha dado para el niño lo que Bacon, ahora doscientos años, dió para el filósofo, esto es, la posibilidad, en donde los niños pudieran estar al aire libre y pudiera cada uno cultivar un pequeño jardín.

En mi juventud pasé algunos años en Bélgica y estudié allí los adelantos de la Instrucción Pública. En la clasificación de las Escuelas primarias, las *Escuelas Guardianas* son los verdaderos Kindergarten de Froebel (Jardines de la Infancia). Estuve varias veces también en Alemania, vecina de Bélgica, y allí aprendí que el primer Kindergarten fue abierto en Blankenburg, cerca de Rudolstadt, en 1837, y después de una apurada o indigente existencia de ocho años *fue cerrada por necesidad de fondos*, ni más ni menos que como acontece en algunos casos en nuestra República. Peor todavía, en 1851 el gobierno prusiano (¡cómo sería ese gobierno!) declaró que escuelas fundadas sobre los principios de Froebel o principios como esos no se admitirían más. En Inglaterra, en cambio, en 1854 fueron introducidas por Henry Barnard, quien decía respecto de ellas que eran «tan lejos como posible, la más original, atractiva y filosófica forma para el desarrollo del niño que el mundo hubiera visto nunca antes».

También la más grande propagandista del froebelismo, la Baronesa Berta van Marenholtz-Bulow, llamó la atención de los

franceses hacia el Kindergarten en 1855 y Michelet declaró que «Froebel había resuelto el problema de la educación humana».

En Italia el Kindergarten fue introducido por Madame Salis-Schwabe. En Austria es reconocido y regulado por el gobierno. Pero no es sino en los Estados Unidos y en Bélgica en donde el sistema de que tratamos ha tenido el mayor desarrollo. El movimiento comenzó en el primero de estos últimos países, por medio de la señorita Elizabeth Peabody, en 1867, ayudada por el gran Horacio Mann y por el Dr. Barnard. El primer Kindergarten permanente fue establecido en San Luis en 1873 por la señorita Susana Blow y por el Dr. W. T. Harris.

Estaba en Bélgica cuando el Ministro de Instrucción Pública de allí perfeccionó con un Decreto la idea de que las Escuelas guardianas debían ser informadas en los principios de los Kindergarten y en los métodos de Froebel y en tal tiempo se publicaron los programas de tales escuelas guardianas comunales que son en el hecho y en la profesión un Kindergarten manual.

El día que llevé yo a Alvarito al Kindergarten de Balboa y las maestras me invitaron a presenciar sus trabajos, entré al gran salón, después de los niños, que lo hicieron marchando, y me senté en una silla en la extremidad de él... Los niños se sentaron sobre unos banquillos bajitos, colocados en círculo, en el centro de dicho salón. Dentro de ese círculo estaban Mrs. M. R. Shigley y las maestras asistentes, Mrs. Sara Mitchell y Mrs. Lima Violet. Lo estaba también la maestra de las niñas atletas Miss Louisa Hanna. El piano era tocado por Miss Louisa Agnes Thomas...

Los trabajos comenzaron con un canto al nuevo día y con la invocación de Dios y con un canto a Dios.

Tenemos escuelas en nuestro país, escuelas primarias hasta el sexto grado y Jardines de la Infancia en la capital y en Colón; pero ninguna comienza sus tareas invocando a Dios, sus luces, ni su gracia, ni pidiendo ser iluminadas en sus tareas escolares. Yo no puedo olvidar la escena que presencié, estando de Ministro en Washington, cuando concurrí a la sesión del Congreso Americano, en la cual el Presidente Wilson leyó su Mensaje, pidiendo al Congreso la declaración de guerra contra Alemania. Primeramente se pasó lista para cerciorarse de que había *quorum*. Se recibió al Presidente, poniéndose de pie todos los que estaban en el salón y los de las galerías. Un sacerdote de levita fue

anunciado que iba a hacer la invocación al Ser Supremo. Entró y tomó puesto en la mesa destinada para él.

«Señores, dijo, todos sabemos que el Congreso va a tomar una determinación trascendentalísima y es de nuestro deber invocar a Dios para pedirle luces suficientes con el fin de resolver con sabiduría lo mejor en esto, para que os inspire a vosotros, representantes del pueblo, y adoptéis lo más recto, lo más justo y lo más beneficioso para la Comunidad, que pueda contribuir a mantener incólumes nuestra nacionalidad y nuestro progreso, nuestra libertad y todos nuestros demás derechos. Dios mío: oíd nuestras súplicas y acordadnos realizar nuestros propósitos y esperanzas.»

Ya conocía yo el libro de Jean Bertheroy, titulado el *Coloso de Rodas*, en el cual aparece la invocación que hacía diariamente en la mañana Stacipo, el padre de los padres, Sumo Sacerdote del Templo de la Isla de Rodas, considerada como la *esposa del Sol*.

«Señor, Dios Nuestro, padre generador de todo, creador de todo cuanto bueno existe:

«Quién es sublime en el cielo? Solamente tú eres sublime. Quién es sublime sobre el haz de la tierra? Tú, tú solo...

«Tú! quien cuando manifiestas tu voluntad en los cielos, los espíritus celestes se prosternan!

«Tú! quien cuando tu voluntad desciende de lo alto, fecunda la pradera y hace brotar las mieses!

«Tú!... quien con su voluntad extiende los límites de la dehesa, acrece el establo y multiplica los ganados!...

«Tú!... Tu voluntad es inmensa como el firmamento, profunda como la tierra...

«Tú!... Quién puede preciarse de conocer tu voluntad. ¿Quién osaría oponerse a ella?

«Señor! dominas en el cielo, dominas en la tierra, no tienes igual en el mundo...

«Rey de Reyes, Jefe del gran cielo divino, cuyo poderío nadie puede decir...

«Un pueblo que confía en Dios sus destinos y en Dios sus triunfos, por ello solo es un gran pueblo.

«Somos todo de Dios, que nos ha criado y redimido. Invoquémoslo siempre en nuestras tribulaciones y El nos hará alcanzar el éxito...»

Después de la oración a Dios en el canto que le siguió, vino en el programa la promesa de respeto, de amor y de fidelidad a la bandera. El nuevo día, Dios, la bandera y la Patria... Qué perspectivas! Qué cantos más expresivos! qué esperanzas y qué dulzuras para el Porvenir!... Un país que enseña a sus hijos, niños aún, cuando comienza a abrirse la mente de ellos a la vida, el amor a Dios, el amor a la bandera y el amor a la Patria, es un gran país, un país de horizontes bellísimos e interminables!!... Patria! pensamos así respecto de ti. El modelo que debes seguir está muy cerca de ti, en tu vecindad y puedes seguirlo. Que tus hijos amen al Creador y lo invoquen siempre en sus aflicciones y propósitos. Que amen tu bandera y a ti misma, ¡oh, Patria amada! lo más grande que ellos tienen...

Después de la invocación a Dios y del saludo a la bandera, hubo un pequeño cuestionario sobre el número de estrellas de la bandera y sobre el número de franjas rojas y blancas de ella; sobre quién fue el primer presidente de los Estados Unidos y otras preguntas a las cuales los niños contestaron debidamente. Después hubo otros cantos, tales como el del «Pequeño Muchachito Azul». Después, baile por un grupo de niños con niñas. Luego, otros cantos, entre ellos, el de «Dejadnos a todos quietos, como a ratoncitos, quietos, quietos, quietos»... y, después, una marcha para dirigirse a los pupitres, en donde darían colorido a dibujos ya preparados, y en fin, la salida del salón, marchando para los terrenos de juegos.

Esa Escuela es una cosa admirable y enternecedora. Qué maestras! qué paciencia y qué dulzura! qué habilidad y qué inteligencia! Enseñan sin libros. Hacen uso del papel y de los lápices de colores para dibujar animales o para darles color, pero todo lo demás, lo más importante, es el arte de *inspirar que poseen en alto grado y con el cual enseñan*. El gran francés Montaigne decía que en «la educación de los niños no hay nada como cebar el interés de éstos, así como las afecciones». «Si usted, agregaba, procede de otro modo, con libros o con recitaciones, *usted sólo hace muchos burros cargados de libros*». Horacio Mann, el gran educador norteamericano, decía también, en el mismo orden de ideas de Montaigne, que, «el maestro que está tratando de enseñar sin inspirar el deseo de aprender, está dando con el martillo en hierro frío».

El mejor maestro, en efecto, es aquel que sugiere más

bien que dogmatiza, que inspira a sus oyentes con el deseo de enseñarse ellos mismos. Amiel, el pensador del Sur, decía al respecto que, «el gran arte de enseñar es el de saber cómo se sugiere».

Los niños son muy finos observadores y a menudo perciben los menores defectos. El maestro debe ser un modelo de atención y de memoria. No deben olvidar nada, convencidos de que los niños son los apóstoles de Dios, enviados adelante por él a predicar día por día el amor, la esperanza y la paz. Deben respetar la infancia, su inocencia, su agudo sentimiento de justicia, sus apasionadas y sensibles afecciones. Que sea por el bien o por el mal, la educación de los niños está derivada principalmente de su propia observación de las acciones, palabras, voces y miradas de aquellos con quienes viven.

Qué dulzura los niños! Donde están ellos está la edad de oro. Amémoslos! Bella como la mañana del día, así es la mañana de la vida. Amémoslos! Los niños son las manos por las cuales nos agarramos para subir al cielo!...

EL RECOMEN- DADOR



He visitado Europa unas cinco veces y en algunas de éstas he vivido por temporadas más o menos largas en países monárquicos de ese Continente, como Bélgica, Holanda, Inglaterra, España, Italia y Alemania y siempre me he preocupado de estudiar en cada uno de ellos sus constituciones y sus diferentes *clases sociales*. La monarquía es como un edificio de varios pisos, para subir a los cuales es muy difícil, cuando no imposible. El Rey monta al Trono por escalones que representan las clases sociales. El último, el más cercano al pavimento, es el de los pequeños, los tristes, el pueblo humilde y trabajador.

Yo he podido estudiar íntimamente esa separación; pero ella existe y da la medida de la benevolencia, de la caridad, de la bondad y de la deferencia que las clases de arriba puedan tener por las de abajo, en las cuales se apoyan sin embargo.

Desde los más remotos tiempos ha existido esa desigualdad. Por ejemplo, los *Arias* o *Ariyas* que fueron los conquistadores de la India, se dividieron en dos *castas*, la sacerdotal, y la real y la militar, quienes repartieron las dos *castas* inferiores, los *vaisillas* y los *sondras*, agricultores los primeros, y obreros y *esclavos* los segundos. El obrero

siempre cerca del *esclavo*! Los *chandalabs* que los europeos llaman *parias* no son de ninguna casta: se dice que son individuos arrojados de su casta por algún delito. Algunos viajeros que han escrito sobre los habitantes del Ganges dicen que esos *parias* descenden de algunas poblaciones que han quedado fuera de la civilización de la India. A los *parias* se les prohíbe habitar en ciudades y bañarse en el Ganges. Su contacto es considerado como una mancha y están fuera del derecho civil y del religioso.

Esto que hemos aprendido de la India, ha existido en otros países más cerca de nosotros o mejor conocidos por nosotros. Por ejemplo, en Esparta existieron los *ilotas*; en la América del Norte los *negros*; en los países de Europa, los *judíos*, los que «mataron a Dios»... ocupaban en la escala social una posición muy poco superior a la de los siervos.

En los países monárquicos de Europa a que me he referido, a pesar de las revoluciones y de las victorias que ha habido para alcanzar la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad* que fue el desideratum principal de la ocurrida en Francia, existía siempre en sus costumbres la diferencia de clases, cuando no de castas. Existían los escalones del Trono, pues los de arriba están sobre los de abajo, sobre los cuales, sin embargo, se apoyan los primeros. El extranjero, por ejemplo, no es lo que era en Roma, un *enemigo*, un *adversus nostem*; no es lo que consideraban de él los ingleses, un *wretch*, un miserable; ni el *hombre sin fuego ni lugar* de muchos países, ni un *errante*, el hombre de zapatos usados y *lanza oxidada*, como en la edad media, y de *carro roto*, relegado a un barrio especial de la ciudad, a quien se le prohibía el comercio y toda unión, todo cambio con él. No es ya eso; pero siempre es extranjero para quien se dificulta con la eficacia de sus derechos, la satisfacción modesta de la vida.

En nuestra *democracia* hemos hecho todas las declaraciones de libertad, de igualdad y de fraternidad. Nuestro escudo proclama ante el mundo que ella fue fundada para *beneficio del mundo*, y efectivamente, tenemos abiertas nuestras puertas para todos los de afuera, con todo y que a veces algunos de nuestros gobernantes tienden con sus actos a cerrarles las puertas a los tristes, a los pequeños, a los desvalidos que califican de aventureros, picarones, *perniciosos*, *no deseables*.

Hay más, en nuestra Democracia (y según parece en alguna que otra de nuestra América), en donde el derecho de sufragio no existe sino cuando el Gobierno Americano lo supervigila, el que *manda manda y cartucheras al cañón*; el que no triunfa es *nadie*. En tiempos que fueron doctrinarios, en Colombia, se proclamó el principio de *gobernar con su partido*. Esto nos parece bueno. Pero nunca se proclamó el de la *exclusión en toda forma del adversario*, ni el de para el *vencido ni agua*... Solemos decir que el *vencido es un desheredado*; pero es peor que eso, es un *leproso*, del cual hay que huir. La exclusión es completa, y si el vencido no se *humilla*, entonces comienza la persecución con tendencias a su eliminación. Y no sólo contra él sino contra su familia y contra los amigos de él, contra los que lo saludan, hasta contra el que le sonríe a ese *vencido*, contra el que él recomienda, contra quien le ayuda en algo o le sirve, sea hombre o mujer. De éstas he visto a algunas perder su escuelita, a las que tienen cariño al vencido y lo visitan o lo saludan en la calle o le sonríen o le deben su educación. El gobernante observa a los vencidos por medio de espionajes y si él no les da cabida en nada en su Gobierno, tampoco los Jueces les resuelven sus asuntos, ni se los fallan y si se los fallan, por algún caso es de un modo adverso. Me parece a mí que este sistema es más grave que el empleado antes con el extranjero, o más cruel que el de la servidumbre o esclavitud descarada y abierta.

¿Cómo hacer en estos casos para vivir? En nuestro país hay gentes que soportan todo esto, manteniendo su fidelidad o su urbanidad y no se van fuera, en busca de su pan, formando una de las clases más desventuradas del mundo. No piden limosna, pero piden *recomendaciones* para emplearse en alguna parte en algo. Nosotros no tenemos todavía industrias que apenas hacen ensayos; pero tenemos la Zona del Canal, en donde hay una lavandería y existe un corral y numerosos talleres, en donde necesitan valerse de muchos brazos. En Panamá y en Colón siempre se están construyendo casas, para las cuales se necesitan albañiles y carpinteros y ayudantes de unos y otros, y así como se construye, así se urbanizan terrenos adyacentes a la ciudad. Los pequeños y los tristes son, además, unos infelices que no conocen a los directores de todos estos trabajos y apelan al que creen más prestigioso y al

mismo tiempo más bondadoso y cortés para que les consiga posiciones donde trabajar, que es donde consiguen su pan.

Cuando terminó el período de mi primera Presidencia, el país entero me creyó con poder bastante para emplear a los *desamparados* y a los que no tienen capital para trabajar en nada, y corrían a mí para que lo hiciera por ellos. Los acogí siempre con benevolencia y he tenido por entendido que la vida es hecha, no de grandes sacrificios sino de pequeñas bondades, con las cuales la paciencia y el interés por los tristes, la cortesía, las sonrisas, y las pequeñas obligaciones, dadas habitualmente, son las que ganan y conservan los corazones. Esa bondad es la cadena de oro de que habla Goethe, por medio de la cual la sociedad está ligada y unida. Esa *bondad* es «el lenguaje que los mudos pueden hablar y los sordos oír». El esfuerzo a veces pequeñito que hagamos por la felicidad de los demás nos levanta muy por encima de nosotros mismos. Yo lo he tenido siempre y en el uso de él, en beneficio de los pequeños, no he vacilado jamás. Y así he vivido cuando he estado en el Gobierno, *recomendando* a los necesitados, no sólo amigos, sino desconocidos que han oído hablar de mis buenas disposiciones por el necesitado. De tal modo, que esas recomendaciones han llegado a ser por meses y años enteros, mi oficio y profesión.

Un día un amigo que ha solido visitarme frecuentemente, dijo a otros en mi oficina, que *Bolívar* había sido el *Libertador*; *Núñez* el *Regenerador*; *Castro* el *Restaurador* y otros los *reformadores* y los *constructores*, o bien *defensores*.

«El Dr. Porras, —agregó—, ha fundado en el país unas tres poblaciones: *Nueva Gorgona*, *Paja* y *San Francisco* y barrios enteros como los del *Javillo* y de la *Exposición*. Instituciones como la del *Registro Público* y la del *Registro Civil*, los *Archivos Nacionales* y muchas otras; pero en lo que ha sido más desinteresado y abnegado, en beneficio de los demás, ha sido en esto de *recomendar al necesitado* y bien merece que le llamemos el *Recomendador*...»

Yo se lo oí decir, me sonreí y me hice el que no lo había oído...

¡Recomendador!

EL BUSTO DERRUMBADO



EN octubre de 1924, al cumplirse mi tercer período de mando, abandoné el Poder en la misma forma en que ascendí a él el año de 1912; en hombros de mi pueblo, de ese pueblo por el cual han sido todos mis desvelos y todos mis mayores sacrificios. Y desde ese elevado pedestal que las Democracias reservan tan sólo para sus hijos predilectos, volví la mirada hacia atrás y nada, absolutamente nada me reprochó mi conciencia. Mi obra, si no perfecta, bien merecía aquel gesto de mis conciudadanos en el momento más trascendental de mi agitada vida de hombre público. Por eso, como el gran Murillo Toro, pude exclamar, con la satisfacción de quien ha cumplido su deber: *«¡Hoy es mi día!»*.

«No dejéis el mando»—me gritaban de todos los ámbitos de la República. «Un hombre de portentosos antecedentes, que evita a cada momento la ruina económica y salva a su país de caer a cada instante en una inquietante crisis que lo lleve al vórtice en que cayeron Cuba, Santo Domingo, Haití, Puerto Rico Nicaragua con la intervención extraña, tiene conquistados de sobra méritos que lo hacen acreedor no sólo a la estimación delirante de sus contrerráneos, a la veneración pública y al deseo

vehemente de que no se aparte de la dirección única de los destinos de nuestra débil Patria, sino que parece imposible convenir en que deje acéfalo un puesto que le corresponde por haber sido un luchador indomable desde su juventud y un Presidente irremplazable...»

Y yo, ante aquel eco adormecedor de la multitud que parecía salir de todas partes, supe mantenerme firme y sin dejarme seducir por la dulzura de la frase, agradecí la nueva confianza de que era objeto y llegado el momento, dejé el porvenir de la República en manos que consideré impolutas... Y en esa confianza, de que nada sufriría la obra comenzada por mí y de que mi pueblo, ese pueblo a quien debo todos mis triunfos, no tendría nunca por qué lamentar mi separación del Poder, decidí abandonar el país, investido como fui con el alto cargo de Ministro ante los Gobiernos de Inglaterra y Francia. Nada más justo, después de mi labor realizada, dejando la Nación en vía de efectivo progreso y en completa tranquilidad el ambiente político nacional, que buscar a mi espíritu fatigado horas de esparcimiento en lejanas tierras, pero siempre al servicio de la Patria, tan necesitada de la abnegación de los que han sabido comprenderla y valorarla...

Y hasta allá llegó el rumor... Un grupo de amigos, testigos todos de mis grandes esfuerzos en bien de la comunidad, de mis sacrificios y de mi entrañable amor por la Patria y el Partido, lanzó la idea de un homenaje, de una glorificación unánime y espontánea de mi pueblo como un tributo de cariño hacia mí, más significativo en aquellos momentos en que por expresa voluntad y a pesar de los ruegos insistentes de esos amigos, abandonaba el Poder en busca de la tranquilidad de la vida privada al lado de mi esposa y de mis hijos. Y la idea llegó a tomar formas tangibles, convirtiéndose más tarde en algo verdaderamente real.

Las Tablas, rincón querido en donde vine a la vida y que sintió el rumor de mis pasos cuando niño y más tarde cuando hombre, que supo de mis esfuerzos y de mis luchas, de mis triunfos y derrotas, fue escogido para la consumación del glorioso homenaje, representado en un Busto de mi persona; fue el pueblecito natal—repito—y en donde unos meses antes la Convención Nacional del Partido, dispuso la colocación de una Placa conmemorativa en la vieja casa donde yo había nacido, con la inscripción que sigue:

«Aquí nació el Dr. Belisario Porras, estadista insigne, Liberal eminente, ciudadano integérrimo y gobernante progresista». «La IX Convención Liberal dedica este recuerdo al hijo ilustre de Las Tablas y al servidor nobilísimo de los principios Liberales.»

Yo, con la satisfacción y el orgullo de ver así glorificados mis esfuerzos por la expresa voluntad de todo un pueblo cuyo inmenso corazón había palpitado al unísono con el mío, dejé escuchar mi voz como un mensaje de profundo agradecimiento que atravesando los mares resonó potente en las anchurosas costas de la Patria.

Y pasaron los días. Nuevos y serios rumores llegaron hasta mí: nubes negras preñadas de tempestad amenazaban la tranquilidad de la República. Revivía la emulación, y la discordia hincaba su envenenado diente en el corazón de los que momentos antes se habían estrechado en fraternal abrazo... Algo caliginoso ensombrecía los horizontes patrios... Y fue así, en ese estado brumoso de mi espíritu, como recibí la trascendental noticia: *Mi busto*, el mismo busto aquél que allá en mi pueblo levantara la gratitud nacional, derrumbado había sido por manos criminales, amparadas por las espesas sombras de la noche, lo arrastraron por las calles del pueblecito que sabía del rumor de mis pasos sobre sus calles desiertas...

Se quiso investigar, pero fue en vano. Los autores del hecho tuvieron suficiente tiempo para librarse del castigo ocultándose en las sombras. Sin embargo, ya se conocen bien, pero hay que dejarlos. La justicia aunque tarde siempre llega.

Precisaba extirpar toda huella de mi personalidad y aquel Busto erigido por mis conciudadanos, cabe la tranquilidad de mi pueblecito natal, significaba para mis enemigos un mudo pero alerta centinela ante cualquiera depravación del sentimiento nacional y de allí que fuese decretado su derrumbamiento sin dilación alguna.

Lejos todavía de los patrios lares, iba recibiendo las noticias y sentí honda tristeza, no por lo que se había hecho en mi contra, ya que ello nada significaba, sino por que todo no iba sino directamente contra el país, mostrándolo ante las demás naciones como un pueblo sin cultura y sin sentimientos nobles de ninguna clase.

Al fin resolví regresar a la Patria y ya en alta mar, rumbo hacia las queridas costas, me asaltó un temor: Habrán conseguido mis enemigos arrancarme del corazón de mi pueblo? Pero no! Al pisar de nuevo la querida tierra, me convencí de que no era así. Como siempre, ese pueblo me recibía con los brazos abiertos. Allí estaban todos, listos como en mejores días, a seguir mis consejos, y en un gesto de desagravio hacia mí, me levantó en hombros y me mostró a la faz de los enemigos ocultos en las sombras...

Y fuí al pueblecito natal: deseaba contemplar la obra de mis enemigos, verme decapitado en efigie por aquellos a quienes había sacado del olvido y que así pagaban mi intención de hacer de ellos algo útil para la sociedad y la Patria... Y el pueblecito me abrió los brazos, todavía indignado y tembloroso por la infamia de mis enemigos, y así, sintiendo el palpar de millares de corazones junto al mío, me detuve ante el pedestal del Busto derrumbado. Evoqué la historia y por mi mente pasaron en macabro desfile los mártires de la Democracia: Bolívar el primero, expirando solitario en San Pedro Alejandrino, calumniado y abandonado de todos, él, que había sido el sol de Colombia, Libertador de cinco Repúblicas y el más grande soldado de la libertad americana! Bolívar! de quien al morir, dijo un hijo desnaturalizado de Venezuela: ...«No hay la menor duda, todos los informes y todas las noticias están acordes; me apresuro a participar al Gobierno la nueva de *este gran acontecimiento* que, seguro, ha de producir innumerables bienes a la causa de la libertad y felicidad del país; *Bolívar, el genio del mal, la torcida de la discordia* o, por mejor decir, *el opresor de su Patria*, ha dejado de existir y de promover males, que sin cesar llovían sobre sus compatriotas... Su muerte, que, en otras circunstancias hubiera sido un día de duelo para los colombianos y les hubiera impresionado dolorosamente, hoy es motivo poderoso de regocijo, porque viene a constituir la paz y tranquilidad de todos. ¡Qué golpe tan funesto para sus partidarios y qué lección para todo el mundo! Este hecho manifiesta a las claras la protección con que nos favorece el *Sér Supremo*. Me felicito con vos por tan grata nueva...»

¿Quien fué el autor de tanta infamia? Fue el Gobernador de Maracaibo entonces; pero sentimos no saber su nombre para estamparlo aquí también para que sirviera de escarnio al

mundo entero... Y prosiguió el desfile: Alfaro, el caudillo más popular del Ecuador, arrastrado por las calles de Quito por los mismos que él había querido hacer dignos; Uribe Uribe, el mártir del Capitolio, asesinado a pleno sol al entrar al Congreso Nacional; Madero en Méjico y muchos más, y fue así, ante el interminable desfile, como sonriendo amargamente, repetí en alta voz las palabras que pusieron en boca de Napoleón cuando sus enemigos echaron a tierra el monumento erigido en su honor a aquel hombre superior:

• *«Ne pouvant s'élever jusqu'à moi m'ont fait descendre jusqu'à eux».*

«Mis enemigos, no pudiendo llegar hasta mí, me han hecho descender hasta ellos!...

MI
VISITA
A VENEZUELA



LA primera vez que fui electo Presidente de la Republica fue en 1912, y algo menos de dos años después, a principios de abril de 1914, tuve el placer de recibir de manos del señor Andrade, comisionado del General don Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela, — quien fue al Palacio con mi Secretario de Relaciones Exteriores, señor don Ernesto T. Lefevre,— una carta credencial que lo acreditaba enviado cerca de mí para entregarme el retrato de este General Presidente, con una expresiva dedicatoria firmada por él; además de una medalla de oro, de primera clase, con el busto del Libertador, sujeta por medio de una cadena de oro de una cinta de tres colores, los de la bandera de Venezuela, rojo, azul y amarillo, y un diploma dedicado a mí para justificar el uso de esa condecoración que explicaba el por qué de habérmela acordado. Aunque yo no era hijo de Venezuela, era «digno de usarla por mi mérito sobresaliente (así decía el Diploma) o por los servicios prestados a la humanidad o a la civilización de los pueblos, de los cinco creados por Bolívar».

La visita del señor Andrade y el obsequio que me hacía el General Gómez de su retrato y de la medalla del Libertador, de

primera clase, me impresionaron mucho, y desde entonces comencé a simpatizar con ese gobernante y a interesarme en su existencia. No tenía ya por qué preguntar *cómo era*. Allí lo tenía de pie, vestido de General, serio y arrogante, y allí estaba la distinción que me hacía, tal vez sin merecerla: ¡Bolívar! ¡El Héroe, el Campeón, el Libertador, el Hombre sufrido, constante y patriota sin igual, a quien yo había amado desde niño, leyendo los episodios, casi increíbles, de su vida, quien debía inspirarme diariamente en el Gobierno de mi pueblo! Este procedimiento del General Gómez conmigo era extraordinario, muy sugestivo y muy bello. ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué podía yo obsequiar, en cambio, que significara mi reconocimiento? En la República de Panamá no teníamos condecoraciones, ni distintivos de ninguna clase. ¿Cómo expresarle mi reconocimiento al mandatario de Venezuela? Le escribí una gran carta y nombré a mi hijo Belisario como Correo de Gabinete, y comisionado mío, cerca de aquél, para que se la entregara y junto con ella mi retrato, también de cuerpo entero y confirmara de palabra con cuán agradable sorpresa había recibido los honores que me hacía con sus dos obsequios: el de su retrato y el de la condecoración de primera clase de la *Orden del Libertador*. Agregué una cosa más, que en Venezuela conocen menos bien que nosotros: un fino y rico sombrero de *jipijapa*... Mi hijo Belisario fue recibido con todos los honores de un comisionado mío, y cuando regresó a Panamá, quedó sellada mi amistad con el General Presidente Juan Vicente Gómez.

Terminó mi período de Gobierno y me reemplazó en el cargo de Presidente el señor don Ramón M. Valdés. Yo fui nombrado Ministro en Washington y desempeñé ese cargo hasta la muerte de ese amigo cuyo puesto tuve yo que llenar, nombrado por la Asamblea Nacional, en calidad de Designado. El General Gómez me envió a don Juan Guillermo Aldrey con expresiva carta de felicitación y con dos hermosas vacas lecheras, que daban veinticinco botellas de leche cada una. La amistad del General Presidente era, pues, constante y sincera.

Al terminar el período, ya comenzado, fui electo popularmente para un nuevo período de Gobierno. Yo me separé de la Presidencia para no inhabilitarme y mi elección no tuvo oponentes: fui electo por unanimidad Presidente de la República.

No faltó el General Gómez en esa vez tampoco. Me

envió a don Samuel Darío Maldonado con carta muy expresiva y cariñosa, y con un obsequio para mi esposa: una pulsera de rubíes y diamantes.

¿Qué podía yo hacer por el hombre generoso que a cada elección del pueblo me daba una prueba valiosa de su amistad? Yo era pobre, casi paupérrimo, y no podía enviarle ningún objeto de valor. ¿Qué hacer? Me resigné a mi situación y le expresé por carta mi reconocimiento.

En fin, cuando ya estaba terminado mi período, me hizo saber el General Gómez que deseaba conocerme personalmente, y si yo pensaba aceptar algún puesto en el exterior, en algún país de Europa, por ejemplo, me rogaba pasar por Venezuela por una o dos semanas, donde él me recibiría y me tendría como un huésped de honor. Y así fue. Se me nombró por mi substituto Ministro en Francia y en Inglaterra y a mi paso por La Guaira fui recibido por una comisión que envió aquel amigo con ese objeto.

En el vapor, en el cual yo viajaba, iba también un caballero que se hizo muy mi amigo, que iba para Curazao y pensaba pasar por Trinidad en donde trasbordaría a otra nave hasta el fin de su viaje. En el vapor se le llamaba..... y con ese nombre había tomado su pasaje; pero su verdadero nombre, que yo supe después, era otro, el de un político de Venezuela que había sido desterrado por revolucionario. El sabía que yo había sido invitado por el General Gómez para ir a Caracas; él sabía que yo iba a ser huésped de honor y a merecer de Gómez atenciones y honores. De modo que muy pronto, desde el primer día, me provocó la conversación sobre el régimen existente en Venezuela. Ese día me dijo:

—Yo no creo que un hombre como usted, tan virtuoso, tan puro y tan cívico en toda forma, se ponga tan en contacto con un hombre como Gómez, que no tiene ninguna virtud, ni sabe lo que es ser cívico en la política, ni en la República.

—Pues ya usted lo ve, General, le contesté, voy a ver al General Gómez y a renovarle las seguridades que le he dado por escrito, de ser su amigo.

—Bueno, me replicó, le recomiendo, cuando esté en Caracas, que pida lo lleven a La Rotunda a visitar los presos que Gómez tiene allí, pudriéndose, hace años, y averigüe por qué están allí.

—Yo me imagino, le repliqué, que los que están presos en La Rotunda, lo están allí por haber pretendido quitar a Gómez de Presidente para ponerse ellos. Es el juego de *quítate tú para ponerme yo*, y el sistema de transformar la República en Dictadura y después en *despotismo* y *tiranía* descarada. La libertad es como la *virginidad* y como el *pudor* y como el *honor*. Si un hombre le coje la mano a una doncella y ella se la deja tomar, él le tomará el brazo... y si ella se deja tomar el brazo, le tocará los senos... y si ella se deja tocar éstos le estrechará la cintura... y si ella se deja tocar la cintura, le tocará y le tomará todo...

Yo he visitado varias Repúblicas en nuestra América, seguí diciéndole, en donde los Presidentes electos más constitucionales, cuando son electos, en oposición al que está o estaba mandando, comienzan por declararse enemigos de los amigos del último y de los parientes de esos amigos. Presidentes electos que no perdonan a ninguna maestra de escuela, por ejemplo, que le sonría al Presidente saliente, y las destituye de sus puestos; o cuando los que le sonríen a ese ex-Presidente son la tía o el tío, la prima o el primo de ella, la despiden también. ¡Las han destituido! Así comienza la Dictadura o Despotismo. Si el que es objeto de la intolerancia la soporta, entonces viene otra intolerancia y otra, y al cabo ése es un *aguantador* y la *mecha* que se aguanta es la que se llama *despotismo* o *tiranía*. Por ejemplo, las elecciones que dieron lugar al triunfo del candidato del Gobierno en la República de Panamá, costaron algunos miles de balboas. La suma se exagera y hay que pagar el empréstito que se hizo para sufragarla. Entonces, organizado el Gobierno, se reúne a los empleados de él y se les avisa la necesidad que hay de pagarla con algún tanto por ciento que se deduzca del sueldo de cada uno de ellos, un cinco, un diez o un quince por ciento. El que no consienta en el pago de ese cinco o diez o quince por ciento no es, sin duda, ningún amigo. Todos consienten, pues, y si en cuatro o seis meses no se cancela la deuda, tiene que haber *gato encerrado*, algo más que el pago de la deuda electoral. Cuando los empleados que pagan su cinco o diez o quince por ciento se callan y siguen pagándolo, entonces *se aguantan* y se va creando la constitución del vasallaje del *aguanta la mecha*. Entonces de lo que cobran le dan sueldos a algunos vagos o

incapaces, vividores o inútiles. ¡Va más! Se los dan para que acaben de pagar sus deudas y se dice que es para que se interesen por la suerte del Partido, para que lo dirijan y no saben ni dirigir sus cosas; para que velen por su unión, para que ganen prosélitos, para que denuncien a los que no se conduzcan lealmente. La *mecha* va así entrando y el *aguantador* es un *aguanta la mecha*. El *despotismo* y la *tiranía* nacen así, con el empuje de la *mecha* y con la *paciencia* y el *aguante* de quien la soporta. La noche no puede sobrevenir sino después que se haya puesto el sol. Del propio modo, el *despotismo* es un imposible cuando los hombres hacen uso de sus derechos y mantienen el culto de su Libertad.

—Vea, General, agregué al terminar, yo creeré en la tiranía de Gómez cuando la vea y por eso he aceptado la invitación de ir a Caracas. Yo quiero ver esa tiranía.

—No se la dejarán ver, se la esconderán.

—Yo no olvidaré lo que aprendí de Alegernon Sidney. El decía lo que yo digo: Creeré en el derecho de un hombre para gobernar una Nación despóticamente cuando encuentre un hombre nacido en el mundo con botas y espuelas y una Nación nacida con silla de montar en su lomo o espinazo. Si las cosas fueran en Venezuela como usted dice, seguramente en ese país no debe haber virtud, ni honor. Sólo debe haber terror. Es terror lo único que se encuentra en un país gobernado despóticamente, y yo quiero verlo; yo voy a verlo. La virtud es necesaria en una República, como lo es el honor en una Monarquía, ¿pero el terror? El terror es lo que debe ser requerido en Venezuela para que haya lo que usted dice, Despotismo, pues la virtud no es necesaria, ni el honor tampoco: el honor sería peligroso en ese país.

—Dígame, General, ¿tiene algún amigo el General Juan Vicente Gómez? Le pregunto esto porque yo entiendo, como decía Diógenes, que un tirano jamás tiene un verdadero amigo, ni puede gozar de una perfecta libertad. «Tiranos y opresores, cuando vivos, son el terror de la humanidad; pero cuando muertos son los objetos del desprecio general y del ludibrio. La muerte de Nerón fue celebrada con fuegos artificiales y con juegos; los pájaros se comieron las carnes desnudas de Pompeyo; Alejandro yació insepulto treinta días; pero una útil y santa vida es generalmente cerrada y terminada con una lamentable y honorable muerte.»

Cinco días después estábamos, al amanecer, en La Guaira, habiendo pasado por Barranquilla y Maracaibo. Una comisión del General Juan Vicente Gómez estaba en La Guaira para darme la bienvenida; para darme las franquicias de puerto y para poner dos automóviles a mi disposición con sus choferes, con el fin de poder realizar con mi familia el viaje a Caracas. Desembarcamos, envié un telegrama de gratitud al General Gómez, nos acomodamos en los automóviles y emprendimos viaje por un camino, obra de romanos, carretera limpia, con balaustradas casi siempre en todos los grandes declives. Yo admiré con simpatía esa obra extraordinaria de Gómez y le pregunté al chofer si el General había hecho otras carreteras, además de la que íbamos recorriendo.

—Cómo, me dijo, si de Caracas hay otras alrededor de la ciudad, y luego, hasta Maracay, y después hasta la Zulia en Colombia, a donde viajan a menudo nuestros hombres y de donde vienen de Cúcuta, de Bucaramanga y del Socorro... Y muchas otras.

Pues con estas carreteras está justificada la tolerancia para con Gómez en el Poder. Yo espero que ningún hombre que lo sustituya pretenda aparecer como habiéndolas hecho. En Roma hubo un varón de nombre *Appio Claudio* (Appius Claudius), no el de sobrenombre *Crassus*, enamorado de la célebre virgen que él pretendió como desenviro que le fuera entregada, en un abuso de justicia, de Virginia, la pura y bella, a quien su padre Virginius, dió muerte, prefiriendo verla así, muerta, a que viviera en brazos de Apio Claudio, el *Crassus*! ¡Ah!, si existiera entre nosotros un *Virginius*, cuántas Virginias, puras y bellas, no hubiéramos contemplado muertas antes que deshonradas en brazos de no pocos Apios Claudios *Crassus*! Hubo un hombre de ese mismo nombre, pero con sobrenombre distinto, con el de *Caecus*, patricio y autor, quien fue nombrado *Censor* en 312, antes de Jesucristo, puesto que tuvo por cinco años a despecho de la *Ley Aemilia* que limitaba su término a a diez y ocho meses. Fue electo *Cónsul*, por la primera vez, en 307. En 298 fue *Interrey*. En 295 fué electo *Pretor*, y por ultimo, fue una vez *Dictador*. Pues ese hombre, autor de la expresión o *dictum*, «cada hombre es el autor de su propia fortuna», y autor de una colección de aforismos, en verso, que

Cicerón menciona; ese hombre fue el que llevó a cabo, cuando *Censor*, el famoso camino o carretera que lleva su nombre: VÍA APPIA, vía de APPIO CLAUDIO, que no ha cambiado nunca por el de ningún otro *Censor*, ni *Pretor*, ni *Cónsul*, ni *Dictador* y que ha venido llamándose así a través de los siglos, con todo y que, no llegando sino hasta Capua, cuando la hizo construir, de donde fue prolongada más tarde hasta Benevento, y Bríndisi, a orillas del Adriático, sin que nadie le cambiara su nombre. Fue después en los tiempos de Pío IX, y por orden de éste, reparada por el arquitecto Canina, bajo el Ministro de Comercio Jacobini, hasta la piedra miliaria número 11. Todavía hoy, después de dos mil doscientos cuarenta y un años, merece ser todavía llamada «*La reina de las carreteras o caminos*». Ni *Pignatelli* que hizo un brazo a la ruta principal, ni el Ministro de Comercio Jacobini, que la alargó, se atrevieron a quitarle el nombre, de VÍA APPIA, ni a esta ruta principal tampoco, que es el brazo derecho, y que se nombra la VÍA APPIA ANTICA.

Esto es admirable. Por esas tradiciones y respeto al derecho de los que llegaron los primeros y trabajaron, y por respeto al nombre ajeno y a los esfuerzos de otro u otros, por eso no han muerto ni Atenas, ni Roma, ni creo morirán jamás...

En cambio, la carretera de las provincias centrales de la República Panameña, creada por un Presidente que organizó la Junta Central, que nombró los ingenieros, que hizo el empréstito de millones para construirla, que se empeñó con su propia dirección en todo el trayecto de ella y en adquirir y hacer construir en el curso de ese trayecto, los puentes para los ríos que cruzaban el territorio, que dejó millón y medio a su sucesor para la conclusión de ella (ya faltaba poco), en cambio, repito, ese ex-Presidente ha podido ver, vivo, como todavía está, substituido su nombre en algunos puentes de esa carretera por el del que lo reemplazó en el mando. ¡Appio! ¡Appio Claudio! Dos mil doscientos cuarenta y un años hace que hiciste construir la tuya y no fue completamente hasta el mar, y al cabo de esos veinte y más siglos, todavía lleva tu nombre y todavía los romanos, tus compatriotas, te honran y al dejar de vivir pocos años después de concluida esa tu gigantesca obra, no has necesitado que nadie te defienda. Todos te respetaron y respetaron lo que era tuyo. ¡Appio! ¡Appio Claudio! Tú vives por el respeto y la gratitud de tus compatriotas y

vive Roma y vivirá siempre. Querría saber si vivirán así mismo las nuevas Democracias de nuestra América, aún al amparo de la Gran Democracia del Norte.

* * *

Ese mismo día, en la tarde, fui instalado en la *Quinta España*, mansión oficial, o Casa de Embajadores, donde se les tributan, a los huéspedes de Venezuela, todos los honores y con ellos todas las comodidades de la vida. Contaba esa casa con catorce empleados: cuatro cocineros, dos choferes, dos sastres, dos barberos, un mayordomo, — Coronel retirado del Ejército—, y tres sirvientes, hombres y mujeres. Las bodegas repletas de vinos, licores, champaña y aguas minerales. Todo, todo lo que uno ansiara y soñara. Allí fui constantemente visitado, y a los dos o tres días, acompañado por un grupo de Senadores de la República y numerosos funcionarios públicos, en cumplimiento de un altísimo deber, como hijo de uno de los pueblos que se hicieron libres bajo el influjo de la gloriosa espada del genio de la Libertad Americana. Visité el histórico panteón, destinado a los grandes hombres, con el fin de colocar sobre la tumba de *Bolívar*, el *Héroe máximo* de la epopeya más grande que conoce la historia de la humanidad, como también en la de *Sucre*, el gran Mariscal de Ayacucho, una corona de bronce, en homenaje de admiración y de respeto hacia esas dos grandes cumbres del heroísmo, cuya fama ha traspasado los límites de todo un Continente, para esparcirse por el Orbe entero. Como era de rigor, pronuncié ante cada una de las mencionadas tumbas, una oración, publicadas después en los diarios de Caracas. Presente en aquel acto el Dr. Juan Bautista Pérez, Presidente del Senado en aquella época, hoy Presidente de la República, hombre de grandes méritos y de gran ilustración, pronunció un bellissimo discurso en nombre del Gobierno y del pueblo venezolano, en el cual hizo de manera brillante la apología del Libertador y me dió las gracias por mi gesto de patriota al rendir como lo hice, el homenaje más sentido ante las tumbas de los dos grandes patricios. Describir las bellezas que ornan el túmulo del Padre de la Patria, es algo más que imposible. Tan sólo diré que hay sobre aquel sagrado cofre, cuyo seno guarda el más precioso tesoro de la Libertad, hermosas coronas de oro con perlas y diamantes de inestimable valor que

impresionan hondamente y dan una idea de cómo es apreciada hoy, a través de los años, la grandiosa obra de aquel genio y mártir, que sintió extinguirse su meritoria existencia allá en la soledad de San Pedro Alejandrino, decepcionado y triste, ante la negra ingratitud de los pueblos que hizo libres con el poder de su inteligencia y el deslumbrante brillo de su espada victoriosa en mil combates. Entre aquellas coronas bellísimas, me llamó muchísimo la atención una de bronce y oro que días antes había colocado el General Pershing, con esta sugestiva inscripción que, salida de la pluma de un hombre de otra raza, tiene un altísimo valor: «*John J. Pershing, Generalísimo de los Ejércitos de los Estados Unidos de Norte América, al Primer Libertador del Mundo*».

Después de una semana de permanencia en Caracas en el Palacio *Quinta España*, fui notificado de que el General don Juan Vicente Gómez, deseaba verme y saludarme en *Macuto*, precioso balneario, cerca del Puerto de La Guaira. Me trasladé de Caracas a ese lugar, acompañado de mi cuñado Anselmo Castro, y cuando llegamos fuimos hospedados en el Hotel Germania, de propiedad del Gobierno, y antes, del antiguo Presidente Guzmán Blanco que lo había construido. Allí, en ese hotel, esperamos un largo rato, pues el General Gómez no estaba en ese momento en el mismo *Macuto*. Nos habían esperado militarmente a determinada hora y minuto y no habíamos llegado. Pero al fin de todo, el General volvería y entonces podía hacerle la visita. Así fue. Al rato oímos las cornetas que anunciaban la llegada del *hombre* y el presentar armas del escuadrón que siempre le acompañaba. Desfilaron por delante del Hotel Germania un sin número de autos y en uno de ellos nos indicaron que iba el General, muy difícil de conocerlo, pues todos usaban el mismo uniforme que él, con sombrero alón de jipijapa. Yo me dirigí enseguida con mi cuñado, a la casa que ocupaba el Presidente y fui recibido con grandes muestras de simpatía y adhesión. El General se cambiaba de uniforme de campaña por el de parada y mientras esto sucedía, el Jefe de Edecanes, General Jaimes, me presentó a las distinguidas y numerosas personas que se encontraban presentes. Charlamos unos cuantos minutos mientras el General Gómez cambiaba su uniforme. Y se cambió y vino, siendo recibido con verdaderas muestras de respeto. En una

pared, entre dos puertas, había un estrado y allí se fue él, sentándose en la silla del centro; a su derecha se sentó el General Antonio Pimentel, y a su izquierda, Vicentito Gómez, Jefe del Ejército y Vice-Presidente de la República.

Después de la presentación y de las frases de cortesía de ocasión, entramos a hablar de generalidades. Yo le dije que quería ratificar las seguridades de mi gratitud ante tantas pruebas de amistad que él me había dado y me seguía dando. No hable de eso—me dijo—todo lo que yo he hecho es nada y estoy feliz viendo que he despertado en usted sus simpatías para mí y valgo algo para usted.

Al hablar de nuestras relaciones diplomáticas le manifesté mi deseo de que su Gobierno hiciera construir en Panamá el Palacio para la Legación, para lo cual se le había cedido el terreno apropiado en el barrio de *La Exposición*, en donde están los de España y Cuba. Además lo insté para que nombrara, ante nuestro Gobierno, un Ministro, y una vez construido el Palacio, abriera una exposición de productos de Venezuela para hacer conocer así sus industrias y productos. La ocasión es propicia, le dije, ya que dentro de poco se instalará en Panamá el Congreso Bolivariano y para esa fecha bien puede contar Venezuela con un edificio propio, en donde instalar a sus delegados que asistan a dicho Congreso. El General pareció interesarse con todo aquello y me prometió hacer cuanto estuviera a su alcance, con el fin de realizar esa idea.

Al despedirme yo le manifesté mi deseo de verlo nuevamente antes de mi regreso a Caracas y entonces él, siempre atento, me contestó que en la tarde tendría mucho gusto en recibirme, pero no allí sino en el *Uvero*, lugar de recreo y bellísimo sitio histórico, ya que fue en él, a la sombra del árbol cuyo nombre lleva y ante el gigantesco mar que lo baña, donde pasó Bolívar su mirada relampagueante, buscando en los dilatados horizontes de América, el punto luminoso que lo guiara en su camino hacia la libertad que un día, allá en Monte Sacro, jurara conseguir a todo trance para los pueblos oprimidos bajo el yugo español...

Y fui puntual a la cita. Al llegar al hermoso sitio, en donde parecía flotar el espíritu del Libertador, envuelto en la sombra del crepúsculo, ya estaba allí el General Gómez, rodeado de algo más de ochenta amigos; hombres distinguidos todos, como Va-

Ilenilla Lanz, Gil Fortul, General Jiménez Robolledo, entonces Ministro de Guerra, el Dr. Arcaya, Ministro de lo Interior, el Dr. Centeno Grau, Ministro de Hacienda, el Dr. Chasin Itraigo, Ministro de Relaciones Exteriores, Andrés Mata, distinguido periodista y poeta, y poeta de renombre, el General Antonio Pimentel, Vicentito Gómez, Jefe del Ejército, y un sin número más que no recuerdo. Y fue así, en aquel ambiente propicio para las sanas ideas, entre la más franca comunión espiritual, como pasamos todos una tarde de lo más agradable, charlando de todo con entusiasmo que jamás podré olvidar. Poco después y por ser el General Gómez un gran amante de la agricultura, nuestra conversación versó sobre ese tema. El General me preguntó si yo poseía algunas fincas en Panamá. Si las tiene deben ser muy buenas—dijo—desde luego que yo era—quizás pensó—lo mismo que él, amante de la ganadería y habiendo sido Presidente por algo más de diez años, había tenido tiempo suficiente para hacer mucho en ese sentido.

No sabiendo que contestarle inmediatamente sobre el particular, me dirigí a mi cuñado que me acompañaba y que ha cuidado por algún tiempo mis pequeños bienes, y, al interrogarle sobre el tema, contestó que el último inventario que había hecho arrojaba un total de *sesenta cabezas de ganado vacuno y treinta de ganado caballar* y que todos ellos pastaban en mi única *finquita* que poseo, desde antes de ser Presidente, *finquita* que tiene algunas doscientas hectáreas de extensión. Esto produjo cierta hilaridad entre algunos de los presentes y entonces el General Gómez, dirigiéndose al General Pimentel, quien se encontraba a su derecha, le preguntó cuánto arrojaba el último inventario, pues le parecía que era algo por el estilo de lo que yo poseía en mi *finquita* de Panamá, y que dijera también las hectáreas que medían sus terrenos. El General interpelado contestó al General Gómez que sus terrenos no se conocían por hectáreas sino por leguas y que el recuento del ganado vacuno y caballar que pastaba en sus propiedades, desde *Maracay* hasta el río Orinoco, cerca de la frontera del Brasil, la última vez que se hizo, arrojaba la pequeña suma de *cuatrocientas mil* cabezas, poco más o menos.

Después nos dijo el General, en un arranque de entusiasmo, que él esperaba ser el hombre más rico de la América Hispana; que actualmente sólo la familia Cousiño, mineros chilenos, eran

más ricos que él, y volviéndose nuevamente hacia el General Pimentel, le preguntó si con los nuevos pozos petroleros de Maracaibo podrían sobrepasar a los Cousiños de Chile. Duncan Alves, de Inglaterra, que tenía una concesión petrolera, en Maracaibo, me decía a mí que cada *tic tac* del reloj, es decir, cada segundo del tiempo, el Pozo Maracaibeño, producía una libra esterlina, *sesenta* en un minuto, en una hora *tres mil seiscientas*, en un día, *ochenta y seis mil cuatrocientas* y en un mes *un millón doscientas noventa y seis mil libras esterlinas*... Pimentel, siempre sonriente, le contestó que sí, que él (Gómez) sería más rico que los Cousiños, mineros de Chile.

Pocos momentos después, casi entrada la noche, nos retiramos, abandonando el hermoso paseo y al despedirnos nos pareció dejar allí, envuelta entre las sombras de la noche, la sombra augusta del Libertador del mundo, como lo ha titulado el General Pershing, en un arranque de emoción profunda.

Acompañado siempre de algunos amigos regresé a Caracas, enormemente agradecido de tantas atenciones recibidas del General Juan Vicente Gómez, y pensando cómo podían ser ciertas las tiranías de este hombre de que tanto hablaban sus enemigos, cuando los tiranos por lo general sólo cuentan con sus soldados y éste, a quien acababa yo de visitar, vivía rodeado de distinguidas personalidades, tanto de la política, la banca, como de diferentes clases sociales. ¿Cómo no dudar ante todo esto?

Durante mi permanencia en Caracas fui objeto de múltiples atenciones y honores que nunca podré agradecer lo bastante. Por ejemplo: la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, me confirió el título de Miembro Correspondiente Extranjero, y en una sesión solemne de esa Sociedad a la cual asistieron todos sus miembros, y numerosas personas más, se me hizo entrega del Diploma respectivo, después de un bellissimo discurso, pronunciado en mi honor, por el Presidente Dr. G. F. Villegas Pulido, al que correspondí yo profundamente emocionado. El acto revistió caracteres de solemnidad y a despecho del tiempo transcurrido, aún subsiste aquella grata impresión en mi espíritu.

Enumerar cada una de las atenciones que recibimos tanto mi familia como yo, de los más altos funcionarios públicos, del Cuerpo Diplomático y de la sociedad caraqueña en general, sería una labor larga y pesada, a la cual no quiero exponerme.

Muy pocos días antes de la fecha señalada para continuar

mi viaje a Europa, recibí la invitación a un gran banquete que en representación del General Juan Vicente Gómez, daban los ministros en mi honor, y que tendría efecto pocos días después, al cual asistiría el Cuerpo Diplomático y sus familias, así como la élite de la sociedad capitalina. Y en verdad, aquello fue algo magnífico y único. Nada faltaba allí en aquella gran mesa, alumbrada más que por la profusión de luces, por las deslumbradoras pupilas de las aristocráticas mujeres caraqueñas, elegantes y exquisitas en su trato, recatadas y cultas a la vez. Caracas que, como a Bogotá, Lima, Quito, Guatemala y otras capitales de América se la puede llamar la *ciudad de las flores*, había contribuido a hacer más atractivo y poético aquel acto, al ofrecer el conjunto más bello de fragantes rosas que, unidas a infinidad de orquídeas de distintos colores, particularmente de color lila, daban un aspecto bellísimo y seductor a la mesa artísticamente arreglada, a cuyo alrededor tomaron asiento elegantísimas damas y cultos caballeros, invitados por el General Gómez, para aquel último honor que quería dispensarme con motivo de mi visita a la Patria del inmortal Bolívar. Y así, en medio de un ambiente de confraternidad, se brindó por Panamá, a lo que yo correspondí para agradecer, desde el fondo de mi alma, y a la vez formular mis votos por el engrandecimiento de Venezuela, cuna ilustre del Patriota inmaculado que, iluminado por el Dios de la Libertad, rompió las cadenas de la esclavitud y nos hizo libres ante la faz del mundo civilizado.

* * *

A pesar del consejo de mi compañero de viaje hasta Trinidad, de cuya conversación he hablado antes, no me fue posible visitar la Rotunda, en donde, me decía, se pudren millares de presos políticos, y de allí que no pueda decir si es o no cierta la aseveración. Sin embargo, durante el mes que pasé en Venezuela, nada pude oír al respecto, y nada pude ver que me convenciera de que Gómez era un truhán, tirano y bandido; los semblantes sonrientes y alegres, nada denunciaban; fuera de la tranquilidad de una vida de satisfacción y esperanzas. Yo salía de la tierra amada, donde habíamos estado trabajando por su engrandecimiento, riqueza y felicidad, y había comenzado a ver en ella, cómo se *aguantaban la mecha* y cómo la aplicaban y la hundían hasta su extremidad, sin una voz de protesta y aho-

gando los gemidos de dolor y de infelicidad. ¿Qué era ese fenómeno y qué lo es en nuestra Democracia? ¿Por qué al primer ataque a nuestra libertad no lanzamos la protesta? No hay afinidad más cercana que la que tenemos con nuestra Patria. «Mi patria me reclama todo, hasta mis pasiones; por eso su libertad debe ser todo mi pensamiento. Para ella debe ser mi vida que yo voluntariamente daría y al darla diría con trasporte que la ganancia es mía.» ¿Qué ha pasado? Ha enseñado nuestra educación que debemos *aguantar la mecha*? ¿Y aguantarla hasta cuándo o hasta dónde? Nó! La libertad de una Nación es como el pudor y la virginidad de una mujer. A la primera tentativa la doncella azota el rostro del audaz. Sólo así se puede conservar el gran tesoro del amor que ha dado Dios. Y para una Nación el gran tesoro es su libertad. No consientas el ultraje para con ella. La Nación también tiene su pudor, en conservar incólume, intocable, su libertad. No admitir la posibilidad de la *mecha*; no *aguantarla* ni en imaginación. Mantenerse firme y alerta ante todas las tentativas de imponer la *mecha*. Debe ser esa la consigna de los pueblos, celosos de su honor y de su libertad!

INDICE

	Págs.
AL SEÑOR DON BELISARIO PORRAS (DEDICATORIA).....	v
BELISARIO PORRAS	vii
PRÓLOGO.....	ix
OTRO PRÓLOGO.....	xv
MI FILIACIÓN AL LIBERALISMO. (i).....	1
MI FILIACIÓN AL LIBERALISMO. (ii).....	7
LA UNIVERSIDAD NACIONAL.....	11
LO QUE ES DEL AGUA, EL AGUA SE LO LLEVA.....	13
CÓMO CONOCÍ A RENÁN.....	17
LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN EN EL COMERCIO..	21
ABOGADO ASISTENTE DEL CANAL FRANCÉS.....	25
OTRO TORO.....	29
NO SEAS BRUTO! ESE HOMBRE ES COMO DIOS, QUE SABE HACER HASTA RÍOS	31
MI PADRE Y SU ÚNICO DUELO.....	35
LA BIBLIOTECA POPULAR	39
MI AMISTAD CON EL PRESIDENTE JOSÉ SANTOS ZELAYA	43
SI ME LEES, TE LEO.....	49
MAN QUE SEA PREFETO.....	53
«CORAZÓN», DE EDMUNDO DE AMICIS.....	57
ME DEVUEBVO.....	63
LA POLLITA MOÑONA DE PATITAS AMARILLAS	67
LAS ECONOMÍAS.....	71
EL PUENTE SOBRE EL RÍO SANTA MARÍA.....	73
LA HOJITA X LA IGUANITA.....	77
LA ORACIÓN DEL PERRO PRIETO.....	81
LOS ASADOS!, TRAIGA USTED LOS ASADOS!!	85
LA NAVEGACIÓN EN PANAMÁ HACE CINCUENTA AÑOS.....	89
EL PATRIOTISMO.....	93
ESTAMOS PERDIDOS; MIREN AL HOMBRE CÓMO TIEMBLA	97
LA PRENSA EN BUENOS AIRES Y RÍO DE JANEIRO.....	99
LA SANIDAD DE PANAMÁ HACE SESENTA AÑOS	103
LA SANIDAD EN PANAMÁ	106
LA SANIDAD EN EL INTERIOR.....	109
NO FUE SANTA LIBRADA.....	113

	Págs.
CON EL POPULAR SAN ANTONIO.....	117
BORRACHITO... BORRACHITO.....	121
YA ÉL NO MIRA PARA ABAJO, SÓLO MIRA PARA ARRIBA..	125
ERNESTO! ERNESTO! VEN Y PONLE LA MÁQUINA AL HOMBRE!.....	127
LA DIVINA PROVIDENCIA.....	129
EL ORIGEN DE NUESTRO TELÉGRAFO Y TELÉFONO.....	131
PARA «VERLO SENTAO» EN LA SILLA.....	135
DOCTOR, GUÍÑEME UN OJO, Y SI QUIERE; GUÍÑEME LOS DOS.....	139
LA FISCALIZACIÓN MUNICIPAL.....	141
LOS ARCHIVOS NACIONALES.....	147
EL CRUCIFIJO.....	151
A LA NIÑA QUE TOSE, LE DA CALENTURA.....	155
VÉANLA! VÉANLA! CÓMO LO MIRA!.....	159
¿DÓNDE DIABLOS SE METEN EL EDIFICIO?.....	161
REVISTA DEL EJÉRCITO PANAMEÑO POR EL GENERAL MANGIN.....	163
EL ASILO DE LA INFANCIA.....	167
EL BESO GASTA	171
LA EMOCIÓN DE HINDENBURG.....	175
EL JESÚS TRIUNFANTE DE MI PUEBLO.....	183
LA VÍA APPIA.....	189
EL KINDERGARTEN DE BALBOA, EN LA ZONA DEL CANAL.....	195
EL RECOMENDADOR	203
EL BUSTO DERRUMBADO	207
MI VISITA A VENEZUELA.....	213



BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA



3 4189 00053 4365